JESSY CM

La esperada continuación de Luna de Hiel

Tú, yo y un salto al abismo



Tú, yo y un salto al **abismo**

JESSY CM

© Jessica Catalan, 2023
© Imágenes de la cubierta: Jessica Catalan
© Fotografía de la autora: Jessica Catalan
Primera edición: septiembre 2023
Ilustraciones interiores han sido creadas con AI y los derechos pertenecen a Jessica Catalan.

Todos los derechos reservados.



Deposito Legal: **2309165333083**

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en

cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sin ti, esto no hubiese sido posible.
Va por ti, Mar Adentro.
Te quiero.

PRÓLOGO

Cuando leímos la primera novela de Jessy CM, *Luna de hiel*, su historia nos atrapó al instante. Por entonces, apenas la conocíamos y no sabíamos lo que sabemos ahora: que sus letras son un fiel reflejo de lo que hay en el interior de esta mujer española afincada en Inglaterra. Y os preguntaréis… ¿de qué se trata? Pues bien, os lo resumiremos en tres cosas: humanidad, autenticidad y un corazón enorme.

Lo que más nos impactó fue su habilidad para transmitir emociones a través de unos personajes tan de carne y hueso que los amas al instante. Su manera de expresar los sentimientos, ya sea amor, felicidad, frustración, dolor o cualquier otro, da de lleno en tu alma y hurga en tu corazón. Por eso logra que llores y te rías con los protagonistas, y te estremezcas con cada una de sus peripecias. ¡Es inevitable! Para que nos entendáis: Joel y Zoe te enamoran con sus diálogos ingeniosos, sus escenas súper *hot*, sus peleas de campeonato… y sus excentricidades. Y, una vez te conquistan, ya no los olvidarás jamás.

Su modo de escribir cercano, fresco y natural consigue absorberte desde la primera hasta la última página. Cada una de las escenas te atrapa y no te suelta, haciéndote partícipe de lo que les ocurre a sus personajes. Y cada uno de ellos tiene su propia voz, fuerte y auténtica.

Ahora, con este magnífico relato que cierra la historia de Zoe y Joel, lo ha vuelto a hacer. Ha conseguido ponernos la piel de gallina y emocionarnos hasta los huesos. Y es que esta pareja atípica y de armas tomar hace que subas con ellos a la montaña rusa que es su relación. Una de esas que te pone el estómago en la garganta y te provoca unas ganas tremendas de gritar a pleno pulmón.

De nuevo, ha logrado mostrar situaciones como la vida misma y sentimientos con los que fácilmente nos identificamos, todo ello siendo fiel a sus personajes y a su hermosa historia de amor…, ¡que es puro fuego!

En este relato, la de Joel y Zoe no es la típica historia que comienza con el nacimiento de una relación, sino que se desarrolla de manera inversa, invitándonos a ser espectadores del declive de un amor que se niega a extinguirse, y al posterior resurgir (cual ave fénix) de un sentimiento que creían ya en cenizas. Es un testimonio vivo de los daños que ocasionan la rutina y la falta de comunicación. Pero también es un manual de superación, una oda a las segundas oportunidades, la promesa de amar a corazón abierto sin temer a las consecuencias. Es una historia de confianza, de saltar al vacío sin preguntarse qué vendrá después. Es la lucha de un hombre que ansía recuperar a su familia por encima de todo. Un diario de aprendizaje y de perdón. Es la evidencia de que Zoe y Joel aún siguen vivos entre las páginas de este relato y en nuestros corazones.

Y no podemos olvidar hablar de la otra gran protagonista de esta historia, la propia Jessy, quien nos hace cómplices de su evolución como escritora, así como de esa confianza que ha ganado con los años y que se refleja en su pluma, mucho más adulta y dramática. Este relato es la prueba indiscutible de que esta escritora tiene muchísimo que ofrecernos… y que nunca dejará

a nadie indiferente. Así que preparaos, porque Jessy CM ha venido para quedarse.

Una vez más, la felicitamos desde el fondo del corazón, ya que con *Tú, yo y un salto al abismo* nos ha vuelto a conquistar. ¡Y de qué manera!

Jessy, nos declaramos tus fans incondicionales y te agradecemos que hayas contado con nosotras como lectoras cero para este relato intenso, divertido y sobrecogedor, que, a buen seguro, será un nuevo éxito.

¡Por muchas historias más como esta! Y, por supuesto…, ¡por muchos años más de nuestra maravillosa amistad!

#teamzoe #teamjoel #supernenasforever

Deborah P. Gómez y Charlotte T. Loy (o lo que es lo mismo: la pelirroja homicida y la rubia psicópata).

1 JOEL



¡Estoy hasta los cojones!

Así es como me encuentro, hasta los santos cojones, y todo por un reportaje al que dediqué más tiempo y energía del que quizás debería.

Llevo dos años. Dos jodidos años sacrificando mi vida y familia por algo que literalmente ha dejado de llenarme. Sinceramente, he llegado a olvidar qué es lo que me llevó a estudiar periodismo.

Levanto la vista de la pantalla del ordenador cuando unos golpes en la puerta me sacan del estupor y la apatía en la que me encuentro.

Mi secretaria entra en mi despacho como si fuera el suyo propio, por eso más de una vez la he encontrado trabajando en mi escritorio en lugar del suyo, que está al otro lado de la puerta.

—Cruz quiere saber cuándo os podéis reunir para cerrar los reportajes de verano —

comenta, mientras pasa el dedo por la pantalla táctil que siempre la acompaña.

—Eres quien maneja mi agenda, no me necesitas para eso —contesto con desgana.

De lo único que tengo ganas es de marcharme a casa y pasar un fin de semana con mis hijos y mi mujer. En cambio, voy a pasarlo entre estas cuatro paredes, lo veo venir.

—Actualidad necesita tu visto bueno antes de las diez de la noche para poder mandarlo a imprenta y que al departamento digital le dé tiempo a sincronizar el contenido.

—Ahora me pongo con ello.

La verdad es que he dejado de escucharla y contesto por inercia. No me interesa lo más mínimo nada de lo que tenga que decirme, ni muchísimo menos, todos los vistos buenos o rechazos que voy a ir acumulando a lo largo del día.

Y son solo las diez de la mañana… Llevo desde las cinco y media aquí metido. Por lo que parece, lo que preveía como un día tranquilo y sin sobresaltos se va a convertir en un largo día de trabajo. Estoy seguro de que, cuando pueda llegar a casa, Zoe estará dormida, y de mis hijos ya ni hablo. Son demasiado pequeños como para esperar a que su padre haga acto de presencia para pasar un rato con ellos.

—¿Estás bien? —pregunta, sentándose a mi derecha directamente sobre el escritorio.

Como si tuviéramos esa clase de confianza. Aunque debo reconocer que Claudia no la necesita. Me trata como si fuéramos íntimos amigos y no como lo que somos en realidad. Soy su jefe directo, no su amigo, y puedo parecer un hijo de puta, tampoco es que me importe. En realidad, todo lo que pase en este edificio ha dejado de importarme, y eso implica cualquier tipo de relación personal con los empleados.

Qué poco me imaginaba lo mucho que mi vida cambiaría el día en que acepté el puesto que ostento.

Joel Ruiz
Director General

Eso es lo que reza en la plaquita dorada en la puerta de mi despacho.

—Sí. Ponte en contacto con Deportes. Necesito saber quién va a dar cobertura al Tour de Francia. Empieza en tres semanas y necesito esos nombres para antes de ayer.

Claudia se incorpora y estira su falda de tubo perfectamente planchada, y por fin entra en modo profesional.

—Convoca una reunión con Actualidad, necesitamos cubrir el conflicto entre Rusia y Ucrania. El equipo desplegado vuelve la semana que viene.

—Claro.

Sale del despacho deprisa y sé que tengo un margen de una hora, con mucha suerte, hasta que vuelva a irrumpir con algún tipo de problema.

Me levanto de mi silla y cojo la americana para salir del despacho. Necesito aire fresco. Y, sobre todo, necesito tomar una decisión sobre qué hacer con mi maldita vida.

No me molesto en girarme cuando Claudia se apresura a seguirme con no sé qué historias o problemas que están aconteciendo en la sección de Sociedad. Bajo las escaleras de emergencia, mientras me aflojo el nudo de la corbata. Me estoy ahogando, y parece que nadie quiere darse cuenta.

Salgo a la calle ante la atónita mirada del equipo de seguridad, al cual ni me molesto en mirar. No sé si necesito un café o unas largas vacaciones, a poder ser con mi mujer. La echo de menos aun cuando comparto cama con ella cada maldita noche. Sabe Dios que quiero a mis hijos con toda mi alma y que estoy deseando poder dedicarles más tiempo, pero necesito pasar días con Zoe, necesito tenerla a ahorcajadas sobre mí mientras me acaricia la cabeza. O simplemente hablar con ella. Solo eso, me conformaría con eso.

◆◆◆

He pasado la última media hora dando vueltas a la manzana. Me estoy apretando de nuevo el nudo de la corbata, cuando, al girar la esquina la veo. Mi puto corazón se acelera. Está sentada en un banco con el móvil en la mano. Y creo que, con solo verla, obtengo la energía necesaria para afrontar el día de otra manera.

Han pasado cerca de trece años y me sigue volviendo tan loco como al principio.

Nada más tenerla cerca, mi cuerpo reacciona a ella. Es una sirena y yo un simple marinero a la deriva. Y así llevo sintiéndome desde hace tiempo, a la deriva.

—Suspiritos… —Levanta la mirada y me quedo congelado en el sitio. Tiene ojeras y apostaría todo lo que poseo a que ha llorado—. ¿Estás bien?

—Sí, solo… —Duda al hablar, y eso termina por ponerme sobre aviso—. Solo pasaba por aquí y he pensado que podíamos tomar un café juntos.

Nos miramos a los ojos, y lo que veo reflejado en los suyos no me gusta, está cansada. Agotada, me aventuraría a decir. Ese brillo que la solía acompañar ha desaparecido.

—No puedo. —Y tengo que tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta ante la idea de tener que rechazar el pasar tiempo con ella, pero llevo casi cuarenta minutos fuera de la redacción y juraría que en media hora tengo una reunión importante, aunque en este momento no recuerde con quién o para qué.

Asiente desviando la mirada.

—¿Crees que podrías llegar a casa antes de que cenemos? —Y aunque quiere evitarlo, suena molesta.

Y no me extraña, no es que esté muy presente en sus vidas. A quién quiero engañar, no estoy presente y punto. Pero no sé cómo solucionarlo.

—Sí.

Su rictus se suaviza y suspira aliviada.

Y mi instinto me dice que algo está ocurriendo.

—¿Está todo bien, Zoe?

No contesta, en cambio, rompe la distancia y esconde el rostro en mi pecho. La abrazo intentando transmitirle en ese gesto todo lo que significa para mí.

Las formas de su cuerpo han cambiado, debido a los dos embarazos y al paso de los años. Y está más preciosa que nunca. Siempre ha sido bonita, pero creo que la madurez y convertirse en madre le han otorgado una belleza que hace que brille. Aunque hoy esté un poco apagada.

—Sí. —Quiero creerla, aunque mi instinto esté gritando que no lo deje pasar—. Esta noche es «noche de pizzas» y le toca elegir a Silvia.

—Entonces nos pasaremos los siguientes tres días peleándonos por el lavabo.

Mi hija es…, por decirlo de una manera suave, la persona más estrambótica con la que he tenido la suerte de encontrarme. Y la adoro. Tiene el carácter de su madre, un genio de mil demonios, una personalidad arrolladora y unos gustos culinarios, cuanto menos, cuestionables.

—Nos vemos esta noche —prometo antes de enredar la mano en su pelo y elevar su rostro para poder besarla.

Y falta muy poco para que pierda los papeles por completo y acabe empotrándola contra la fachada del edificio para follármela hasta saciarme completamente, tal y como me pide el cuerpo.

Se deja llevar por el beso y me cuesta horrores tener que romper nuestro contacto.

—Nos vemos esta noche —dice, dando un paso atrás con una sonrisa y la respiración acelerada.

La veo alejarse calle abajo y me digo que sí, que esta noche voy a pasar la noche con mi familia, no me quiero hacer más mala sangre y pensar en todas las noches de pizza que me he perdido en los dos últimos años, o los partidos de futbol de Silvia y Hugo, que, aunque se lleven apenas dos años de diferencia, son como Zipi y Zape, inseparables.

Vuelvo a adentrarme en el edificio, y es poner un pie en la redacción y saber que mi promesa va a caer en saco roto y que yo voy a pasar un día de mierda entre esas cuatro paredes. No sé qué imprenta se ha jodido, algo por lo que he peleado con la junta directiva para que invirtieran en una nueva.

—Te necesitan en Sociedad, Deportes y maquetación —apremia Claudia—. La reunión con Rodríguez se ha retrasado dos horas. Y, sobre todo, lo más urgente es el problema con la imprenta. El técnico está de camino, pero Juan no cree que tenga arreglo.

Ese es el pistoletazo de salida para que el día acabe por convertirse en una auténtica pesadilla y, cuando consigo tener cinco minutos de descanso, son las doce y media de la noche. Me queda como mínimo una hora para poder largarme de aquí. Solo continuamos cuatro personas en el edificio.

—He hecho lo que he podido, no os dará problemas durante los próximos días, pero os recomiendo que la reemplacéis. Está demasiado desfasada para seguir con el trajín al que la estáis sometiendo.

Asiento en respuesta y me despido del técnico, totalmente agotado.

Vuelvo a mi despacho y veo la montaña de papeles acumulados sobre el escritorio. Papeles que debería revisar antes de mañana, pero es que no doy más de mí. Y no me refiero al agotamiento físico al que estoy sometido desde los últimos meses. No, me refiero a que mentalmente no puedo más. Cada mañana me levanto desmotivado, sin ganas de empezar el día y, sobre todo, sin una pizca de ilusión.

¿Qué pasaría si lo mandara todo a la mierda? Sé que tengo un puesto por el que la mayoría mataría, joder, yo mismo me llené de orgullo cuando vi la cara de Zoe al comentárselo, aunque no estuviera del todo convencido de aceptar. Además de que estoy sacrificando mi vida por algo que ni siquiera es mío.

«¿Merece la pena?», me pregunto mentalmente en frente de la montaña de papeles.

Y sé la respuesta.

Abro la aplicación de correo electrónico y, a medida que mis dedos vuelan sobre el teclado, el nudo que me aprieta el estómago se va deshaciendo. No sé si es lo correcto, pero sí es lo que yo necesito ahora mismo.

Las luces intermitentes del coche iluminan el garaje cuando presiono el mando. Me monto en él muchísimo más animado de lo que he estado en semanas. Y aunque sé que los días que quedan por delante hasta que mi renuncia sea efectiva van a ser jodidos, por fin, veo luz al final del túnel.

2 ZOE



Suena el despertador y sé, sin temor a equivocarme, que Joel ya no está en casa. Son las siete de la mañana y posiblemente lleve horas encerrado en su despacho. La noche anterior eran las dos de la mañana cuando me metí en la cama, cansada de esperar.

Llevamos así más de un año. En realidad, cerca de dos. Al principio, me sentí tan orgullosa de él y de lo que había conseguido a base de esfuerzo que no me importó que las horas en su despacho se alargaran, ni que las que nos dedicaba a nosotros disminuyeran. Lo esperaba despierta porque, mientras las noches siguieran siendo nuestras, me daba por satisfecha. Nos contábamos cómo había ido el día y después yo me perdía en su cuerpo. Y así fue durante meses, hasta que el tiempo en casa era tan escaso que las noches de pizza dejaron de tener su gracia. Hugo fue el primero en decir que eran una mierda. Y nunca más volvió a sentarse en el sofá con nosotras. Pero todo acaba cansando, incluso Silvia, que cada vez que le tocaba elegir a ella nos hacía ver *Frozen*, terminó por aburrirse de tener el monopolio. Así sucedió con todo. Ya no nos despertábamos con carcajadas por las mañanas. No había gritos ni peleas por ver quién elegía el desayuno o la película de rigor. Lo fuimos perdiendo de forma tan paulatina que, cuando quisimos darnos cuenta, nuestro estilo de vida y rutinas habían cambiado por completo. Y él seguía sin aparecer. No más cumpleaños toda la familia reunida, no más partidos de fútbol de Silvia o ver a Hugo tocar la guitarra con tanta pasión. Esto último ni siquiera lo sabe.

Ayer, cuando pensé que mi mundo se había derrumbado del todo, sin darme cuenta, aparecí en el edificio que tanto he empezado a odiar. Y, aun así, en el momento en que me abrazó y me vi rodeada por él, esa pequeña llama de esperanza se avivó al creer que iba a llegar a tiempo, y que las cosas volverían a cambiar. Sin embargo, me equivoqué. Otra vez.

Se me encoge el corazón al recordar la cara de desilusión de los niños al darse cuenta de que toda la cena que habíamos preparado se iba a quedar sobre la mesita de centro del salón. Esperando por él, igual que nosotros.

Me levanto de la cama, se me ha ido el santo al cielo al volver a darle vueltas a lo mismo. Me miro en el espejo mientras me lavo los dientes y veo mis ojeras. Entonces me doy cuenta de las semanas tan duras que me quedan por delante, pero no tengo más remedio que sonreír para que mis hijos no reparen en que, además de tener un padre ausente, su madre está muerta de miedo.

Me visto a la velocidad de la luz y, al mismo ritmo, despierto a Hugo y Silvia.

El primero salta de la cama como si fuera un sapo. La segunda…, esa es otro cantar, y ni siquiera me puedo plantear el enfadarme con ella, porque yo era igual. En realidad, los despertares de mi hija eclipsan a los míos. Creo que el karma me la ha devuelto con creces. Más de una vez he tenido que meterla en el coche en pijama y dejar que su hermano la vistiera de camino al colegio.

Salimos de casa con prisa, nos metemos en el coche y circulo a una velocidad medio prudente, porque es eso o llegar tarde al colegio. ¡Otra vez! Y sería la cuarta esta semana. En mi defensa diré que somos un desastre y que, por mucho que lo intentemos, nunca conseguimos llegar a tiempo.

—Me he dejado el desayuno en casa —murmura Silvia, con esa voz que pone cuando sabe que está en problemas.

—Pues te quedas sin desayunar —gruño, no sé si a la niña o al imbécil que circula a velocidad de tortuga.

—Te lo he puesto yo en la mochila.

—¡Y los deberes de matemáticas!

—¡Silvia! —Es un auténtico desastre, es como si nos hubiesen metido a su padre y a mí en una coctelera y ella fuese el resultado.

—Pues de nada sirve que me hayas guardado el bocadillo, porque me voy a quedar sin recreo por vuestra culpa.

Y así empieza una guerra de gritos y empujones, de la cual me desvinculo solo cuando me aseguro de que llevan el cinturón de seguridad abrochado. Porque si me pongo yo también a chillar, la vamos a liar parda. Y creedme, no queréis ver cuando nos ponemos Silvia y yo a gritar.

Cuarenta minutos después, entro y saludo a María, que me recibe con la misma sonrisa de siempre. La única diferencia es que su cabello está salpicado de canas y su jubilación se acerca. Pero no hay mañana que no me espere con un café y una charla amena. Creo que, cuando llegue el momento de la despedida y la reemplacen por otra persona, me voy a morir de pena. Sé que es ley de vida y que es su momento para disfrutar de un descanso, y aun así…

Cuando los niños dejaron de ser tan dependientes y empezaron el colegio, Don Anselmo me ofreció volver a la revista, con un puesto que creó solo para mí. Y menos mal que acepté sin pensar, ya que es lo único que me permite evadir la mente. En el momento en el que cierro la puerta del despacho y me sumerjo en el trabajo, es cuando desconecto de todo. Aunque haya días en los que tenga que salir escopeteada por una emergencia con los niños, ya sea porque están enfermos o se han metido en líos.

—¿Cómo fue la revisión?

Ignoro el pellizco en el estómago y me fuerzo a dibujar una sonrisa en la cara.

—Todo en orden. Ya sabes, cosas de mujeres y la edad.

—¿La edad? Estás en la flor de la vida, por Dios, el día que tengas la mía…

—Estaré para el arrastre —me obligo a decir, cuando en realidad lo único que me apetece es llorar ante la incertidumbre de saber lo que puede estar por venir—. Voy a ponerme al lío.

—Por cierto, Don Anselmo quiere hablar contigo.

Pongo los ojos en blanco mientras me dirijo a su despacho. Sé lo que me va a ofrecer, y, siendo sincera, es lo que más me apetece. Aunque voy a tener que conformarme con gestionar el nuevo reportaje desde Madrid. No puedo permitirme viajar. Tengo responsabilidades, dos, para ser exactos, que dependen única y exclusivamente de mí.

Tras rechazar el nuevo proyecto por millonésima vez, el día se convierte en una locura: recoger a los niños, bañarlos, darles de cenar y meterlos en la cama. Y creedme, es deporte de riesgo.

◆◆◆

En el último mes, he pasado más noches en vela de las que quiero reconocer. Así que me encuentro delante de un Doctor apretando la mano de Lolo. Y menos mal que lo tengo a él, porque estoy a punto de desmayarme, no sé si a causa de la tensión o del miedo que me atenaza.

Me hubiese gustado que fuera otra mano la que me sujetara, pero me ha resultado imposible hablar con él. Ni siquiera ha respondido a mis llamadas, y, cada vez que lo he intentado en su despacho, me he encontrado con un: «Está ocupado, cariño». Y es demasiado triste darme cuenta de que ni siquiera tengo la prioridad como para pasar el filtro con su secretaria y poder decirle a mi marido que necesito que esté a mi lado, aunque solo sea por unos días.

—Veamos los resultados, Zoe.

Mi mente desconecta cuando escucho la palabra benigno, que no maligno, ya que eso solo significa una cosa y es que, por ahora, mis hijos van a poder disfrutar de su madre durante una larga temporada. Y el alivio es tan grande e instantáneo que entro en un estado de euforia que me hace tomar decisiones a máxima velocidad.

«Se acabó». Y no arranco a cantar por María Jiménez porque Dios me ha bendecido con un gran sentido de la vergüenza.

—¿Cómo va la cicatriz? —me pregunta Lolo, mientras esperamos el ascensor.

—Ya apenas me molesta. Fue cosa de los primeros días. —Entramos en el cubículo y me giro para mirarlo a los ojos—. Gracias por acompañarme.

—No iba a dejarte sola. —Y no paso por alto lo que no dice, que es un «como él».

Salimos del edificio y creo que el aire que entra en mis pulmones es tan puro que estoy por echarme a llorar.

—Vendré para la operación.

Asiento, aunque en realidad quiero decirle que no es necesario. Sea como sea, sé que va a caer en saco roto, con lo que simplemente me acerco y lo abrazo. Nadie puede imaginarse lo importante que ha sido contar con su apoyo estos días.

Hace algo más de un mes saltaron las alarmas cuando descubrí un pequeño bulto en mi axila derecha. Y, desde ese momento, todo se precipitó. Menos mal que ha quedado en un susto. Voy a tener que pasar por quirófano para extirparlo, eso sí. Aunque ya me preocuparé cuando llegue el momento…

—¿Por qué tenéis que vivir tan lejos? —Mi voz suena amortiguada por la camiseta.

—Siempre podéis ser vosotros los que os vengáis.

Le saco la lengua y caminamos hacia el coche.

Lolo llegó a mi vida sin esperarlo. Y, aunque al principio nuestra relación brillara por su ausencia, la famosa conexión de los mellizos nos hizo hacer piña contra esos dos capaces de comunicarse de manera extraterrestre. Silvia y Joel se reían de nuestros intentos por aprender a comunicarnos por señas. La cosa es que parecíamos dos imbéciles teniendo un ataque epiléptico. Así que desistimos. Pero nuestra relación de amistad se afianzó hasta el punto de detener su vida por la simple razón de necesitarlo.

Tengo más gente alrededor, y sé que, si algún día se enteran de lo sucedido, me van a montar un pollo, sobre todo, las chicas, de las cuales me he ido distanciando. No doy abasto. Siendo sincera, creo que, en el fondo, les tengo algo de envidia. Y aunque me siento culpable de que hayan despertado ese sentimiento en mí, no puedo evitar sentirme de esa manera, porque…

no soy feliz. Y todo el conjunto está haciendo que me aleje más de ellas, aunque no tengan culpa de nada de lo que ocurra en mi vida, ya que ni siquiera son conscientes de ello.

—Lolo… —Comienzo a hablar con miedo a poner en voz alta lo que llevo todo el día pensando.

—Demasiado has tardado. —Y sé que a él esta decisión le gusta tan poco como a mí.

—¿Puedes llevarte a los niños estas vacaciones? Hugo me ha pedido irse con vosotros y…

—Eso no tienes que preguntarlo.

Me relajo al pensar en que es hora de volver a tomar las riendas de mi vida, y aunque odio haber llegado a esta situación, es algo que no soporto más. No puedo ni quiero seguir siendo esa Zoe que se desespera cuando su pareja no llega a casa, ni ser esa mujer cansada y abnegada que se dedica única y exclusivamente a sus hijos. Y pese a que los quiero más que a nada en el mundo, ellos crecerán y forjarán su propio camino. Aunque parezca que queda una eternidad para eso, no es verdad, no con lo rápido que pasa el tiempo. No quiero que llegue el día de mañana y tenga que preguntarme qué he hecho con mi vida.

3 HUGO



—Silvia… —digo flojito para que mi madre no se despierte—. Papá está a punto de llegar.

—Vamos. —Ojalá se levantara así de bien por las mañanas.

Corremos al garaje y nos escondemos. Yo cerca de la puerta y mi hermana en una esquina. Nos agachamos y esperamos. Llevamos toda la semana haciendo turnos para ver a qué hora, más o menos, llega nuestro padre de trabajar, y hemos fracasado todos y cada uno de los días. O bien nos hemos dormido, bueno…, o bien no… Nos hemos dormido todos los días.

Pero es urgente hablar con él, ver por qué ha dejado de querernos y por eso ahora nuestra madre quiere separarse de él. La escuché hablar con mi tío. Y me enfadé y se lo expliqué a Silvia, que es la que ha tenido la idea. No queremos que se separen, queremos que nuestra familia sea como al principio. Además, por su culpa, mamá ha llorado todas las noches durante semanas. Ella cree que no me he dado cuenta, pero todos los días la he oído llorar desde la cama, y muchas noches me he inventado algo para poder irme a su cama y abrazarla. Estoy asustado, porque no sé qué le pasa, y sé que no está relacionado con papá. Nos ha dicho que nos quiere muchísimas veces, nos ha preparado nuestras comidas favoritas, y yo… solo quiero que vuelva a ser la de siempre.

Me agacho un poco más cuando la puerta del garaje se empieza a abrir.

—¡Ya viene! —grita Silvia.

—*Shhh*… Te va a oír.

—Pues cállate tú antes.

Pongo los ojos en blanco y guardo silencio, porque, si empezamos, despertaremos a nuestra madre y el castigo que nos va a poner va a ser épico.

Cuando veo a mi padre salir del coche, me levanto y lo detengo.

—¿Qué haces despierto? —Me mira asombrado y yo no quiero hacer esto. No debería estar haciendo esto. Ni Silvia.

—Tenemos que hablar.

Y es lo único que me da tiempo a decir cuando un borrón salta sobre la espalda de papá para ponerle un pañuelo sobre la boca, mientras le tira del pelo.

¡Eso no estaba en el plan!

—¿Qué haces? —pregunto a Silvia, que se está peleando con mi padre.

O mi padre se está peleando con ella para sacársela de encima, pero mi hermana aguanta los envites, y todo porque su atracción favorita es el toro mecánico, nunca se cae.

—¡Silvia! —exclamo al escuchar a mi padre toser como un loco—. ¡Tenemos que hablar con él, no matarlo!

—Lo he visto en las películas, hay que dormirlo para que nos escuche.

Enciendo la luz y me siento en la silla que hemos preparado para él. Me entra la risa al pensar en que esta vez nos la cargamos de verdad. El castigo que nos va a poner mamá va a ser de por vida. Seguro que me quedo sin las vacaciones, y entonces, el tito no va a poder enseñarme a tocar la guitarra.

—¿Con qué lo estas durmiendo?

—¡Silvia, ya está bien! —grita papá, menos mal que hemos cerrado la puerta de la habitación y que mamá está bien lejos—. ¿Se puede saber a qué jugáis a estas horas?

Consigue bajar a mi hermana de su espalda, y yo me enfado un poco más con él cuando la mira cabreado.

—Solo queremos hablar contigo. —Me pongo de pie sin dejar de observar a mi hermana que lo mira roja de la rabia.

—¡Lo siento! —grita Silvia—. Medidas desesperadas requieren actuaciones espaciales.

¡Nos la hemos cargado del todo!

Cierro los ojos cuando el puño de mi hermana impacta contra el… de mi padre, haciendo que se doble por la mitad. Me ha dolido hasta a mí. Tengo que acordarme de no volver a pelear con ella nunca más. No quiero que me haga lo mismo.

—¡La silla! Corre, corre, que se cae. —La muevo rápido para que pueda sentarse.

Tiene los ojos llorosos, y no me atrevo a preguntar si le duele por si aún le quedan fuerzas para levantarse y ponerse a gritar. Nunca nos ha alzado la voz, pero creo que en un momento así, sería la ocasión perfecta para hacerlo.

—¿Por qué le has pegado un puñetazo?

—No lo sé, me he puesto nerviosa —dice, apartándose el pelo de la cara—. Espera, voy a atarlo.

—¿Qué?

—Atarlo, como en las películas, para que lo podamos interrogar y que nos diga la verdad.

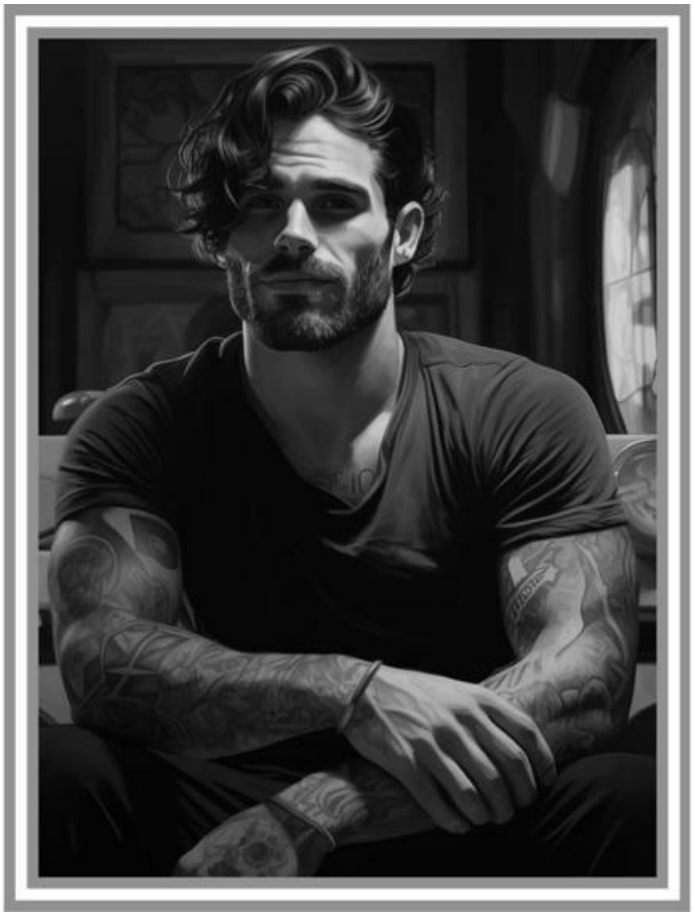
—Silvia, ese no era el plan. Nos la vamos a cargar. Además, ¿tú no querías un hermano? Pues me parece que te has quedado sin él.

—A veces los mejores tienen que morir, Hugo. He sacrificado a nuestro «no hermano» por el bien de esta familia.

Vuelvo a mirar a papá, sigue blanco y creo que está algo mareado porque se deja atar por Silvia.

—¡Ale! Ya está. Ahora seguro que nos escucha.

4 JOEL



No puedo creer que por fin mi pesadilla haya llegado a su fin. Cuando la puerta mecanizada del garaje se abre, yo respiro por primera vez en mucho tiempo. No sé cómo va a reaccionar Zoe con la decisión que tomé sin ni siquiera pedirle opinión. Aunque ya no tenga remedio, ya que, desde hoy, soy libre.

Sin embargo, me siento demasiado perdido como para posponer más tiempo esta situación. Ha sido un mes complicado a nivel laboral, con lo que supone que el director general lo mande todo a tomar por culo.

El cansancio se apodera de mí en el mismo momento en que el ronroneo del motor se detiene.

No sé qué camino voy a tomar a partir de ahora, de lo único que estoy seguro es de que necesito un descanso y pasar una buena temporada con mi familia. Y, sobre todo, compensarlos por las ausencias que han aguantado durante este tiempo.

Salgo del coche y me sobresalto al encontrarme con Hugo.

—¿Qué haces despierto? —pregunto, cuando lo único que me apetece es abrazarme a él y decirle que le he echado muchísimo de menos, al igual que a su hermana.

—Tenemos que hablar. —Y la seriedad con la que pronuncia esas palabras me pone sobre aviso de que algo, no sé el qué, va rematadamente mal.

No me da tiempo a preguntar nada más, cuando alguien se cuelga de mi espalda y me tira del pelo. Veo a Hugo abrir los ojos desmesuradamente e intento pedirle ayuda para que me saque a su hermana de encima. No me atrevo a hacer movimientos bruscos que terminen por dañarla. Pero entonces me pone un pañuelo embadurnado de colonia sobre la nariz y la boca. Intento conseguir que me suelte, me estoy ahogando y los ojos me empiezan a llorar. Pero mi hija no ceja en su empeño y aprieta más fuerte sobre mi nariz.

Creo que, si no me la saco de encima en los próximos minutos, voy a morir debido a una intoxicación de colonia Nenuco.

—¡Silvia, tenemos que hablar con él, no matarlo!

—Lo he visto en las películas, hay que dormirlo para que nos escuche.

Con mucho esfuerzo, consigo quitármela de encima, me aflojo la corbata, ya que me estoy ahogando, y doy una bocanada de aire que me sabe a culito de bebé. Tengo ganas de vomitar. Y si no fuera por el mareo que tengo, los castigaría de por vida.

—¡Silvia, ya está bien! —consigo articular—. ¿Se puede saber a qué jugáis a estas horas?

—¡Lo siento! —grita Silvia—. Medidas desesperadas requieren actuaciones espaciales.

No lo veo venir. Se acerca con la rapidez que le otorga su edad y se lanza contra mi entrepierna como una kamikaze. El dolor es instantáneo, me recorre el cuerpo y me quedo sin respiración, creo que incluso me mareo, y ya no sé si es a causa de la colonia, que sigue impregnada en mi sistema, o a que mi hija de ocho años, muy posiblemente, me ha dejado eunuco de por vida.

No sé qué es lo que ocurre a continuación, creo que mi mente ha entrado en un estado de estupor que no me deja actuar con normalidad. Me dejo caer en una silla y no tengo las fuerzas necesarias para detener al demonio que tengo por hija, que se dedica a atarme los brazos por detrás de la espalda, bajo el lema: «A veces los mejores tienen que morir, Hugo. He sacrificado a nuestro “no hermano” por el bien de esta familia».

No tengo muy claro a quién se refiere y casi prefiero no preguntar. No sé a quién acaba de matar, porque conmigo no lo ha conseguido, pero cerca ha estado.

Parpadeo cuando una luz cegadora me da de lleno en los ojos. Esta es la situación más surrealista de mi vida. Son las tres de la mañana y mis hijos me han atado a una silla y han enfocado la lámpara de escritorio de Hugo hacia mis ojos.

—¿Qué haces? —pregunta Hugo.

De verdad, me reiría si no fuera por las ganas que tengo de vomitar.

—Calla, vamos a interrogarlo. ¿Es verdad o no es verdad que has dejado de querernos? —Levanto la vista de golpe y miro a mi hija de ocho años, que me mira cruzada de brazos—. ¡Contesta!

—No.

—¿Es verdad o no es verdad que ya no te gusta pasar tiempo con nosotros?

Y aunque se muestra altanera, porque, si algo tiene, es una personalidad arrolladora, puedo notar el temblor en su voz. Y entonces me doy cuenta del alcance de toda esta situación. Hugo se mantiene en silencio, con la cabeza gacha. No pronuncia palabra y, aunque nada más llegar ha sido él quien me ha detenido, está evitando hacer contacto visual conmigo.

—Eso no es verdad, Silvia.

—Sí, sí lo es. Ya no quieres hacer nada con nosotros, ya no vienes a mis partidos de fútbol. ¡Ni siquiera sabes que Hugo toca la guitarra!

—Silvia… —sisea Hugo con rabia. Y realmente parece que lo que ocurre es que no quiere compartir ese «pequeño detalle» conmigo.

—Eso no es verdad…

—Entonces, ¿por qué mamá no ha dejado de llorar los últimos días y quiere separarse de ti?

Juro que el dolor que he sentido con el puñetazo que me ha dado hace un rato no es comparable al que estoy sintiendo en este instante. Porque sé que, si lo están diciendo, es verdad. No son unos niños dados a inventarse algo así.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Escuché a mamá decírselo al tío Lolo.

Y entonces entiendo que es verdad, que sea lo que sea que esté pasando es cierto.

Zoe es de las que no verbaliza nada hasta no tenerlo claro. Por lo menos, sin haber barajado todos los pormenores de una decisión de este calibre. Y yo… yo me siento tan cansado anímicamente que no sé cómo procesar esta información, ya que mi cerebro está hecho papilla y lo único en lo que soy capaz de pensar es que mi mujer quiere dejarme. Algo que creí que jamás ocurriría, y más sin una razón de peso.

—¿Podéis desatarme? —pido derrotado.

—¿Vas a castigarnos?

—No.

No, sobre todo porque, a pesar de la edad que tienen, han decidido ser los únicos a los que les queda fuerzas para luchar por esta familia.

Cuando los tranquilizo lo suficiente, consigo que se vayan a dormir, no sin antes prometerles que se acabaron las ausencias, que voy a estar presente. Silvia parece quedarse satisfecha. Hugo, por la manera en la que me desea «buenas noches», sé que va a ser un hueso más duro de roer.

Nada me apetece más que meterme en la cama y abrazarme a mi mujer. En cambio, dirijo mis pasos a la habitación de invitados. Necesito pensar en cómo afrontar esta situación.

5 ZOE



Abro los ojos y lo primero que hago es mirar a mi derecha. No está, y no solo eso, sino que su lado de la cama está sin deshacer. Tendría que estar sorprendida, sin embargo, no lo estoy. Supongo que haber tomado una decisión, me ha otorgado la seguridad suficiente como para sobrellevar que ni siquiera se haya dignado a venir a dormir a casa.

Me levanto con la energía necesaria para afrontar lo que está por venir. Me da igual, es fin de semana. Mis niños llevan tiempo pidiendo pasar un día en el parque de atracciones, y creo que desconectar lanzándose por cualquier montaña rusa mientras yo me mareo desde el suelo nos va a venir muy bien. Han sido unas semanas demasiado complicadas. Y se lo merecen. Además de que la buena temperatura anima a hacer planes fuera de casa.

Bajo a la cocina y preparo el desayuno para los tres. Saco los cereales de Silvia del armario. Abro la nevera y hago lo mismo con la mermelada de Hugo. Lo dejo todo listo y, entonces, preparo mi café. Es el único momento del día que me dedico. Los escasos diez minutos sentada sola en la cocina es lo que me permite no volverme completamente loca. No sé por qué estoy tan contenta, aunque creo que se debe a que toda la angustia acumulada durante las últimas semanas ha desaparecido. Sí, tiene que ser eso.

Me doy la vuelta con mi café ya en la mano, y la taza se me cae al suelo cuando veo a Joel apoyado en el quicio de la puerta, de brazos cruzados.

—¡Mierda! —Me agacho e intento arreglar el desastre con manos temblorosas.

Doy gracias a Dios de que los niños siguen durmiendo, no quiero tener que enfrentarme a él tan temprano y, sobre todo, no sé qué narices hace un sábado a las ocho de la mañana en casa. Y eso es lo más triste de todo.

—Deja que te ayude —murmura, agachándose a mi lado.

—¿Qué haces aquí? ‘

—¿Necesito tener una excusa para estar en casa?

Me apresuro a levantarme con la cerámica hecha añicos para tirarla a la basura. No sé qué responder a eso, porque la respuesta debería ser un claro y rotundo no. Sin embargo, no recuerdo cuando fue la última vez que lo hizo. El único día que suele estar en casa son los domingos, y digo en «casa», y no «con nosotros», ya que se pasa las horas encerrado en el despacho. Y, eso, con algo de suerte.

—No, supongo que no —murmuro, perdiendo de golpe toda la energía con la que me he levantado.

Esa nube negra que lleva acompañándome semanas vuelve a hacer acto de presencia. Y me pregunto si a partir de este momento va a ser siempre así. Si el desasosiego que siento ahora mismo me va a acompañar toda la vida.

Me preparo otro café, más por mantenerme ocupada que porque me siga apeteciendo. No quiero tener que enfrentarme a él. Me doy cuenta de que, realmente, lo que ocurre es que no quiero tener que decirle que no puedo más, que he llegado a mi límite y que estoy tan acostumbrada a estar sola que ya ni lo echo de menos. Que no echo de menos que me toque, que se pierda en mí de la misma manera en la yo me perdía en él…

«Mentirosa». Me ignoro a mí misma y me hago con otra taza, que a punto está de seguir el destino de la anterior, por la manera en la que me tiemblan las manos. Y no debería sentirme así. Al fin y al cabo, sigue siendo mi marido.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Asiento, aún de espaldas a él—. ¿Cuándo decidiste rendirte con nosotros?

Se me llenan los ojos de lágrimas. No sé cómo lo sabe, y estoy bastante segura de que Lolo no le ha dicho nada. Suelto la maldita pieza de cerámica, que sigo sujetando como si mi vida dependiera de ello, y apoyo las manos en la encimera.

—¿A qué te refieres? —pregunto con la intención de ganar algo de tiempo.

—Sabes a qué me refiero.

El silencio reina en la cocina, y por mucho que tenga la decisión tomada, no me he levantado con la intención de llevarla a cabo en este preciso instante. No sé, pensaba que contaría con unos cuantos días para saber cómo afrontar la situación. Supongo que hay cosas que no cambian y, por lo que parece, yo sigo siendo una cobarde, porque ahora mismo lo único que me apetece es salir corriendo, no sin antes ponerme a vomitar.

—Joel… —Suspiro dándome la vuelta.

—¿Cuándo?

Está cruzado de brazos, y su mirada es dura, sin embargo, me aventuraría a decir que hay cansancio en sus ojos. Y aunque no quiero, pierdo la vista en su cuerpo, en ese tatuaje que ha ido aumentando con el paso de los años y ahora le cubre la totalidad del brazo. Ese mismo en el que yo he repasado todas y cada una de esas marcas con la lengua o a besos. Me sé su cuerpo de memoria. Y por eso las ganas de llorar se incrementan, ya que sigo enamorada de él como el primer día. Y es una putada.

¿Cómo hemos llegado a esta situación?

—¿Podemos hablar en otro momento? —suplico.

No es la ocasión perfecta, los niños están a punto de levantarse, me sorprende que no estén peleando ya por el mando de la tele, así que no. No lo es. Quizás esta noche. Sí, cuando los acostemos. A lo mejor podemos sentarnos tranquilamente, mantener la conversación con una cerveza de por medio y decidir qué hacer.

—No. —Cierro los ojos, saturada.

El corazón se me acelera y solo me entran ganas de ahogarlo y ponerme a gritar como una loca. Está siendo irracional cuando no debe serlo. Nuestros hijos están en casa, a pocos metros de distancia. Y bastante mal lo han pasado como para que encima nos vean discutir.

—Joel, no es el momento, podemos hablarlo más tarde. Cuando los niños…

—¿Vas a dejarme?

Me tambaleo ante la fuerza que ejercen esas palabras sobre mí. Porque, en realidad, quiero dilatar tanto como pueda el tener que responder. No quiero hacerlo, no quiero tener que decirle que no soy yo la que se ha rendido, que yo he estado esperándolo todas y cada una de las noches en la que no ha estado a mi lado. No quiero. No quiero dejarlo, aunque sepa que es lo mejor para los dos, porque él tiene su carrera y sé que no hay sitio para mí ni mis problemas. Que lo realmente importante para él no soy yo o lo que suceda a mi alrededor. Que ya no tengo mi lugar seguro en el mundo porque él me lo ha quitado. Y tampoco quiero decirle que en el momento en el que pronuncie ese sí, voy a morirme de pena.

—Cariño… —susurra, acercándose a mí.

Y esa palabra, ese «cariño», es la última pieza que faltaba para darme cuenta de que no hay

nada que arreglar, que ya no hay nada por lo que luchar. Mi esperanza cae, haciéndose añicos de la misma manera en la que lo ha hecho la taza minutos atrás.

No un «Suspiritos», no un «Zoe» o un «Joder, Zoe». No, es esa maldita palabra la que acaba por arrasar con todo a su paso. Ya que eso demuestra que yo tengo razón.

—Sí. —Levanto la mirada y lo que veo en sus ojos es una mezcla de dolor y desesperación.

—¿Por qué? —pregunta dando un paso en mi dirección.

Yo lo doy hacia atrás, para que no se acerque más, ya que si continúa voy a desistir. Lo quiero demasiado para no hacerlo. Aunque, por otro lado, después de mucho tiempo me he dado cuenta de que necesito escucharme a mí, y que se aproxime de esa manera no me ayuda demasiado.

Y sentirme así solo provoca que me enfade, no sé si con él o conmigo misma.

—Me preguntas cuándo me rendí con lo nuestro, y tú solo te acabas de contestar, «cariño» —escupo, con toda la rabia que llevo acumulada.

Vuelve a cruzarse de brazos con esa actitud arrogante que en algún momento llegué a adorar. Sin embargo, ahora mismo solo sirve para espolear mis ganas de pelea. Me cuadro para que vea que no me amedranta su actitud. Quiere pelea, estoy dispuesta a dársela.

—Todo este drama, ¿por esa mierda de palabra?

—¡No! —exclamo con rabia—. Todo este drama es porque pasas tanto tiempo fuera de casa que has empezado a hablarnos como lo hace tu secretaria cuando intentamos contactar contigo. Todo este drama es porque me he acostumbrado a estar sin ti. —Y aunque no es lo que quiero, no puedo evitar que mis decibelios se eleven a la máxima potencia.

—No vas a darme la oportunidad de luchar, ¿verdad? Ni siquiera te lo planteas. —Y ahora es él quien grita.

No sé qué contestar a eso, no tengo ni la más remota idea. Porque mi corazón quiere decirle que, aunque yo me haya rendido, no desea que él lo haga. En cambio, mi cerebro lo tiene tan claro que me asusta.

—¿Has dejado de quererme?

—No.

Si algo tengo claro, es que yo a Joel lo voy a querer hasta el día en que me muera. Y no es un eufemismo o una exageración. Solo me he enamorado una vez en mi vida, y lo hice tan fuerte que sé que da igual si llega alguien o no, siempre voy a comparar la manera en la que me ha hecho sentir, el cómo mi cuerpo reacciona con solo una mirada por su parte. ¡Y es injusto! Es injusto que yo sienta que muero por él y tener la seguridad de que él no siente lo mismo por mí.

—Entonces, ¿por qué? ¡Maldita sea, Zoe! Me merezco saber el motivo por el que vas a tirar nuestra vida por la borda.

Odio que se crea con el derecho a echarme nada en cara. No puede convertirme en la villana de esta historia. Especialmente, con todo lo que llevo acumulado y lo mal que lo he pasado en las últimas semanas.

—¡Porque me dejaste sola cuando más te necesitaba! —chillo con desesperación.

Porque me duele encontrarme en esta situación, ya que yo no la he buscado. No es mi maldita culpa.

Me aparto las lágrimas de un manotazo cuando me doy cuenta de que estoy llorando.

Todavía recuerdo el miedo en esa salita de la consulta médica. La incertidumbre de saber o no saber si mi vida, tal y como la conocía se iba a desbaratar, si mis hijos iban a ver a su madre… ¡Dios, no quiero ni pensarlo! Y no solo es eso. Ojalá fuese el único motivo.

—¡Lo prometiste! —el grito de Hugo me corta la respiración. La desesperación en su voz es tan palpable que consigue dejarme bloqueada—. ¡Prometiste que no iba a llorar más! ¡Es tu culpa!

Observo como mi hijo de diez años le propina un empujón a su padre y corre hasta la puerta sin que podamos detenerlo.

—¡Hugo! —Salgo disparada detrás de él.

No llego a tiempo y la angustia se apodera de mí cuando veo cómo se aleja pedaleando calle abajo. Vuelvo rauda al interior para coger las llaves del coche.

—Así no, papá. Así no. —Paso por alto el tono condescendiente de Silvia.

Ella está protegida en casa, mi prioridad es encontrar a mi hijo. ¡Dios, mi niño! Es la primera vez que actúa así, es un niño demasiado responsable y al que le cuesta dejarse llevar por sus emociones.

—Si le pasa algo… —siseo al borde del colapso—, si le pasa algo a mi hijo, voy a matarte con mis propias manos.

—¡Ala, la otra! ¿Es qué no hay nadie normal en esta familia? —De verdad, me encanta el sarcasmo de mi hija, pero en este momento le metería una naranja en la boca para que se callara —. Yo sé dónde está —dice cruzándose de brazos en un gesto tan parecido al de su padre que casi me dejo llevar por la rabia y termino por descruzárselos.

—¿Dónde está? —pregunto, a punto de expulsar el corazón por la boca.

—¿Vas a arreglarlo?

Y me sorprende que no se dirija a mí directamente, sino que esté mirando a su padre, como

si esperara algo de él. Aunque yo no tenga muy claro el qué.

—Sí —contesta Joel.

La sonrisa de Silvia es genuina y llena de felicidad. Se acerca a él, y lo obliga a que la cargue en brazos y entonces, lo abraza. Como si llevara muchos meses esperando este momento. Le dice algo al oído y se escabulle a su habitación.

Ojalá los adultos tuviéramos la capacidad de perdón de los niños. Ojalá todo fuera tan sencillo como eso.

Me siento en el sofá con ganas de volver a salir y ser yo quien lo encuentre, y poder decirle que no lo necesitamos, que nos apañamos realmente bien sin él. Pero ni siquiera sé por dónde empezar. Además, Silvia, mal que me pese, ha confiado en su padre. Y eso, no se lo puedo quitar.

Bastante va a cambiar su vida a partir de ahora.

6 JOEL



Salgo de casa con la adrenalina por las nubes. Tengo un coctel de sentimientos en mi sistema que no sé cómo gestionar.

¡Se ha rendido! Y da igual lo que yo haya hecho para remediarlo. Y ni siquiera sé si debería sentirme tan furioso con ella como lo estoy en este momento. Esto no tiene nada que ver con todas las situaciones a las que nos enfrentamos cuando nos conocimos. Esto es ver cómo el jodido amor de tu vida decide tirarlo todo por la borda sin dar la opción de lucha. Podría entenderlo si hubiésemos entrado en barrena, si realmente…

¡No quiero perderla! Esa es la realidad, y, quizás, por eso siento esa desazón que hace que me pesen las piernas.

Entro en la propiedad de mis suegros y respiro aliviado cuando veo la bicicleta de Hugo tirada en el jardín. Llamo al timbre y Carmen, mi suegra, es la que abre directamente. No hay saludos, solo una profunda tristeza en su mirada.

—Está en la casita del árbol.

Paso por su lado, y veo el lugar donde se ha recluido mi hijo. Y sé, mientras subo los tres escalones clavados al tronco de ese árbol, que va a ser difícil. Y que no tengo ni idea de cómo solucionar esto.

—Hola —saludo, agachando la cabeza para hacerme sitio.

No contesta y no me mira. Ni un simple movimiento que me diga que me ha oído. Y me duele pensar que soy yo el causante de que haya perdido la sonrisa, de que… Creo que necesito un manual, uno que diga cómo ser un buen padre.

—¿Podemos hablar? —Me paso la mano por el pelo con frustración cuando no responde—. Hugo, hijo…

—¡Vete! —exclama, dándose la vuelta para que no pueda verlo.

Y juro que en este instante me doy cuenta de la magnitud de todo lo que está ocurriendo. Y es que, no solo voy a perder a mi mujer, sino que, además, mi hijo no quiere ni verme. Y creo que podría vivir con el rechazo de Zoe, perderla, aunque me parta el alma, si eso conlleva que Hugo no vuelva a mirarme como lo ha hecho esta misma mañana.

—Voy a arreglarlo —murmuro, perdido como nunca en mi vida.

—No puedes, papá no puedes…

Y rompe a llorar. Me acerco y me alegra que no rechace el contacto cuando pongo la mano sobre su hombro.

—Voy a arreglarlo —repito.

—¿Cómo? —Solloza y se limpia las lágrimas con la camiseta, en un gesto tan parecido al de su madre que vuelve a estrujarme el corazón—. Papá, a mamá le pasa algo. No… no es solo que esté enfadada contigo. Llora todas las noches y yo… yo duermo con ella para que no esté sola, hasta que tú llegas y…

Vuelve a llorar, y quiero pegarme una hostia por imbécil. Porque, pensando en que hacía lo correcto para ellos, he destrozado lo más bonito que he tenido en la vida. Mi familia. Eso sin contar que mi hijo de diez años ha estado ocupando un lugar que no le corresponde. Él no tiene por qué hacerse cargo del desastre en el que se han convertido sus padres. Y me prometo que voy a poner todo mi empeño en reparar todo lo que he jodido.

—Voy a arreglarlo —repito, porque tampoco sé qué más decir.

—¿Cómo? —«Pues ni idea».

—¿Confías en mí? —pregunto, intentando ganar algo de tiempo para conseguir una respuesta que termine por convencernos a los dos.

—No. —Nadie puede decir que no sea sincero—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Asiento,

animándole a continuar—. ¿Cómo conseguiste que mamá se enamorara de ti?

—Eso me gustaría a mí saber.

—¿Cómo os conocisteis?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

Y sonrío, y le explico todo. Cómo nos conocimos, lo mal que nos caíamos. La amistad que poquito a poco nació. Y las peleas, aunque hay muchos detalles que omito, ya que no son aptos para un niño de su edad. En cambio, relato nuestras aventuras alrededor del mundo. Cómo bailábamos en medio de una montaña, lo que nos gustaba ver el atardecer, las risas.

—¿Se tiró por un puente? ¿Mamá?

—Estoy seguro de que, si le preguntas, te dirá que la tiré como si fuera un fardo de lana.

—Mamá ya no se ríe, ya no quiere cantar conmigo y siempre está triste. Seguro que ahora no dejaría que la tiraras por un puente.

Y eso lo he conseguido yo.

—Pues voy a tener que cambiar eso, ¿no crees?

—Silvia y yo nos vamos a casa del tío en una semana, porque tiene que trabajar. ¿Cómo vas a hacerlo? Nunca estás en casa.

Y no es un reproche, pero no dejo que note la manera en la que me han golpeado sus palabras. Porque, sin él saberlo, acaba de darme la clave.

—Me parece que es un gran momento para que tu madre y yo volvamos a hacer lo que mejor se nos da.

—¿Y eso es? —pregunta con desconfianza.

—Discutir viajando.

Y sé que es la respuesta que esperaba cuando su sonrisa se amplía.

—Te he echado de menos, papá.

7 ZOE



¡Estoy metida en un buen lío!

Cierro los ojos y suspiro cuando rememoro todo lo que pasó tantos años atrás en este mismo lugar. Siempre hablamos de volver, fue uno de los destinos en el que los recuerdos eran demasiado agridulces. Por eso, nos prometimos que regresaríamos y crearíamos nuevos. Lo que nunca imaginé era que volvería sola.

Me dan ganas de llorar porque, a pesar de todo lo malo que ocurrió aquí, no cambiaría nada de lo que llegué a sentir. Tanto lo bueno como lo malo.

Sí, he vuelto al ombligo del mundo. Sola, sin él… Y no sé cómo sentirme al respecto. Intento infundirme de un valor que ha debido de quedarse en el control del aeropuerto de Madrid. Aunque en mi defensa diré que no tenía ni idea de hacia dónde volaba, y no me he enterado hasta la segunda escala.

¿Y cómo he llegado a esto? Pues muy sencillo, porque soy gilipollas, ni más ni menos. Y

cobarde, que no se nos olvide, que yo habré ganado en madurez, pero en valentía, no. Así que, después de tres semanas con Joel pasando tiempo en casa porque está de vacaciones, (voy a obviar el tema de que lo ha hecho con el torso descubierto o en calzoncillos), acepté, sin valorar las consecuencias, cuando Don Anselmo me metió un rollo sobre no sé qué problema con un redactor y un reportaje con todo organizado. La verdad, desconecté de lo que me estaba explicando. En lo único que era capaz de pensar era en «viaje», «lejos».

Así que, aquí estoy, mirando como una completa imbécil la fachada del hotel, sin atreverme a entrar. Porque creo que tiene que ser un error.

«Es trabajo», me pongo los ojos en blanco a mí misma. Porque ya sé que es trabajo y, aun así, sigo sin poder moverme.

—¿Está usted bien? —Me giro y veo a un empleado del establecimiento, mirándome preocupado. Asiento en respuesta.

La vergüenza puede más que mi miedo a los recuerdos, por lo que entro rauda y me dirijo a la recepción, donde una chica monísima me prepara con eficacia el registro. Cómo se nota que en esta ocasión no vengo acompañada de cierto hombre moreno, capaz de eclipsar todas las miradas.

—Habitación 37. Su acompañante ya está instalado. —Estoy tan absorta mirando a mi alrededor que ni entiendo lo que dice.

Cojo la llave de la habitación y me alejo por el pasillo arrastrando mi maleta. Cuando paso por delante de «la puerta» me estremezco, pero sigo avanzando, miro los papeles que me han dado y me detengo delante de…

—¡Ay, mi madre! —exclamo en voz alta.

Voy a matar y descuartizar a Don Anselmo. ¿Cuántas probabilidades hay de que, en un hotel de más de quinientas habitaciones, te toque la misma casi doce años después? Me dan ganas de dar media vuelta y exigir que me cambien a una en la última planta, aun a riesgo de quedar como una desquiciada. Pero es que... Mi enfado desaparece a los segundos y la tristeza me invade. Suele pasarme a menudo, tengo subidones de ira y, de repente, caen en picado, sumiéndome en un estado al cual no consigo acostumbrarme. Y es agotador.

Abro la puerta y mi vista se dirige hacia el gran ventanal con vistas al lago Wakatipu y la sierra de los Remarkables. El mismo jacuzzi a los pies de la cama. Y estoy bastante segura de que en el interior del baño sigue esa nave espacial por ducha.

Y nos recuerdo en este mismo lugar, muchos años atrás, cuando me dio ese ataque de locura transitoria y lloré delante de él. El modo en el que me abrazó, la manera en la que dejé que me arropara. Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas. ¿Cómo voy a sobrevivir aquí tres semanas?

Me sobresalto cuando la ducha se detiene, como si alguien acabara de terminar de utilizarla. Miro a mi alrededor aterrorizada, porque estoy bastante segura de que no me he equivocado de

habitación. Entonces reparo en la maleta que descansa justo al lado del sofá. ¿Había sofá la última vez? No lo recuerdo.

«¿Qué haces pensando en sofás?», me recrimino mentalmente.

El pomo de la puerta se mueve de manera descendente y mi cerebro entra en pánico. ¿Y si es un asesino en serie?

No me lo pienso y, en el momento en el que la puerta termina de abrirse, yo ya he agarrado la lámpara de la mesita de noche y la he lanzado con todas mis fuerzas contra la persona que asoma la cabeza. No le doy por muy poco y me maldigo interiormente, porque la salida me pilla en la otra punta de la habitación.

—¡Joder, Suspiritos! —exclama ¿Joel? en el momento en que el objeto volador se hace añicos.

—Pero ¿tú eres imbécil? —grito, al borde del colapso. El corazón me late tan rápido que creo que me voy a desmayar—. ¿Se puede saber qué narices haces aquí?

—Trabajar —contesta, secándose el cabello con una toalla.

Lo miro ojiplática y a punto de expulsar el esternón por la boca.

—¿Y los niños? —Porque supuestamente él tendría que estar con ellos.

Las pocas palabras que hemos cruzado estas últimas semanas han sido para decirnos que yo me marchaba de viaje por trabajo, y él me comunicó que quería pasar tiempo con los niños. Así que puedo permitirme el lujo de estar confundida de que, precisamente, esté aquí.

—Con sus tíos —responde, sacando ropa interior de su maleta.

—Joel…, ¿qué haces aquí? —vuelvo a preguntar.

—Ya te lo he dicho, trabajar.

Me siento en la cama, sobrepasada. He recorrido medio mundo para esconderme de él e intentar lamerme las heridas en paz, y aquí se encuentra, mirándome con suficiencia y con esa maldita sonrisa capaz de derretir hasta el más enorme de los icebergs.

No sé qué decir o cómo debería actuar. Porque no tiene ningún sentido. Porque no sé, ni entiendo, qué hace aquí. Aunque, teniendo en cuenta la duración del reportaje, es posible que Anselmo le haya pedido ayuda ahora que está de vacaciones.

—Suspiritos…

—Me voy a duchar. —Salto de la cama antes de que le dé por acercarse a mí, y yo termine de perder los pocos papeles que me quedan.

¡Porque estoy a dos segundos de lanzarme a sus brazos y pedirle que vuelva a ser el hombre

del que me enamoré!

Me encierro en el cuarto de baño, con maleta incluida. Pienso usarla para que no pueda entrar, que todos sabemos lo que le gusta invadir la privacidad de las personas.

«Y a ti te gusta que lo haga».

—Vete a la mierda, subconsciente —murmuro antes de encender ese platillo volante.

8 JOEL



Pues ha ido algo mejor de lo que suponía. Me esperaba un aluvión de insultos y gritos. En cambio, la única dañada ha sido la lámpara, y porque estoy bastante seguro de que pensaba que era un asesino en serie.

Estas semanas atrás, aun cuando me queda la guerra más difícil, me han venido bien. He descansado y reiniciado el cerebro. Por fin, he podido finiquitar todo lo que me estaba atormentando en los últimos tiempos, con lo que ahora, puedo centrarme en recuperar a mi mujer. Aunque sé que no me lo va a poner fácil, y tampoco lo espero.

La he estado observando, y me he dado cuenta de que Hugo tiene razón: Zoe no se ríe, ni suelta esas carcajadas despreocupadas. No tiene esa actitud altiva. Intenta pasar de puntillas en su día a día. Y no sería justo decir que yo no tengo la culpa. Inconscientemente, he permitido que todo esto ocurriera, dejando de lado mis responsabilidades en casa con la excusa del trabajo. Pensaba que hacía lo correcto, que mis ausencias eran justificadas porque era lo mejor para ellos. Ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba. ¿Qué importa que puedan tenerlo todo si lo único que quieren es a mí?

Así que en estas semanas me he insultado más de lo que ella solía hacer. Zoe está apagada.

Y creo que también tiene mucho que ver lo que ha ocurrido a nivel de salud, estoy bastante seguro de que esa ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Me costó muchísimo hacer que Lolo, el único al tanto de lo que estaba ocurriendo en la vida de mi mujer, hablara. Pero lo hizo. Y parece ser que yo no he aprendido de los errores del pasado, ya que la he dejado sola cuando más me necesitaba. Así que no puedo culparla por nada de lo que esté pensando en cuanto a mí se refiere. También sé que apenas tiene contacto con sus amigas, con las que siempre ha estado tan unida. Esquiva hacer planes, salvo si la ocasión lo requiere y no le queda más remedio. Se ha centrado en los niños, aparentando una felicidad que está bastante lejos de sentir.

Dejo que se relaje en la ducha otorgándole su espacio, y hago una videollamada a los niños para avisarles de que hemos llegado y que estamos bien. Silvia se despide mandándome un beso con la mano antes de salir corriendo y chutar una pelota de fútbol que le lanza su primo. En cambio, Hugo, me sigue mirando con desconfianza. Nuestra relación ha mejorado estas semanas, pero no es la que era. No he conseguido que me deje verlo tocar la guitarra. Por más que he insistido, me ha resultado imposible. Creo que, en el fondo, está esperando a ver si consigo arreglar este desaguisado, antes de dejarme entrar de nuevo en su vida.

Me visto con la idea de ir a recepción para que me den algo con lo que limpiar los restos de la lámpara.

Zoe sale del cuarto de baño, su cansancio es tan palpable que se puede ver a través de los dos surcos negros que adornan sus ojos. Frunzo el ceño cuando la veo vestida como si se dispusiera a salir, aunque esté al borde del desmayo.

—Voy a hablar con recepción para que me den algo con lo que recoger este desastre. —Salta con cuidado por encima de lo que queda de la lamparita—. Y para ver si me pueden asignar una habitación.

—Voy yo.

—Ahora vengo. —Ni me mira al salir.

Vuelve media hora después, acompañada por un empleado del hotel, que es el encargado de deshacerse de los restos de la lampara.

—Lo siento —murmura—, pensaba que era un ladrón.

Ese hombre nos mira a uno y al otro alternativamente y, negando con la cabeza, sale por la puerta farfullando algo que no consigo entender.

—No tienen más habitaciones. —¡Gracias a Dios! —. Sí estás tú aquí, no tiene sentido que me quede yo, no sabía que…

—Zoe. —Me acerco a ella y elevo su barbilla para que me mire—. Métete en la cama. Descansa, mañana hablamos.

—¿Y dónde vas a dormir tú?

Esto es surrealista, sé que debo tener paciencia, pero es que dormir a su lado es lo único que ha conseguido mantenerme entero estos meses.

—En el sofá.

Lo mira y vuelve a desviar la mirada hacia mí.

—Si pude dormir contigo cuando éramos dos desconocidos, supongo que puedo hacerlo ahora.

Se mete en la cama después de ponerse un pijama, se tapa hasta la barbilla y se hace un ovillo. Apenas se la ve en esa cama tan grande. Me acuesto a su lado, intentando no tocarla, aunque mi interior esté rugiendo por acercarme y abrazarla.

No sé qué hacer ni cómo actuar, porque esta versión de ella me es desconocida.

¡Está llorando! Y lo está haciendo de una manera para que yo no lo perciba. Y mando la prudencia a tomar por culo y la rodeo por la cintura acercándome a ella. Tengo que ignorar la manera en la que se tensa y aguanta un sollozo. No hablo, no intento nada más que ofrecerle todo lo que no le he dado en mucho tiempo. Ella siempre dijo que yo era su lugar seguro en el mundo, ¿habré dejado de serlo?

◆◆◆

Cuando vuelvo a abrir los ojos, no hay rastro de Zoe por ningún lado, y me acojono. Salto de la cama mirando frenéticamente a mi alrededor. Y no respiro tranquilo hasta que veo su maleta, justo al lado de la mía.

Salgo a la terraza después de vestirme y la veo a lo lejos, a los pies del lago, muy cerca del lugar donde vimos la aurora australis. Tiene las manos dentro de los bolsillos del abrigo, tengo que reconocer que no es la mejor época para viajar a Nueva Zelanda, hace un frío de narices.

—Buenos días —saludo, situándome a su lado.

—Buenos días —contesta sin mirarme.

Una ráfaga de viento le revuelve el pelo y yo solo quiero alargar la mano y tocar ese mechón que ondea libremente. Siento la necesidad imperiosa de abrazarla y no soltarla hasta que entienda lo que somos capaces de hacer juntos. Aunque los dos lo hayamos olvidado.

Estoy perdido como nunca, no sé cómo manejar a la persona en la que se ha convertido mi mujer. Es su cuerpo, son sus formas, pero, anímicamente…, es otra persona diferente. Es como si solo quedara el cascarón y todo lo que había en su interior ya no existiera. Sé que lo que le ha ocurrido en los últimos meses… Joder, y no he estado a su lado. No he sido yo quien le ha sujetado la mano.

—Lo siento —digo cuando la veo arrebujarse en su abrigo.

—¿Por qué? —Me mira durante tan poco tiempo que me resulta imposible hacer que nuestros ojos conecten.

—Por todo, Zoe.

Se encoge de hombros dando a entender que ya no tiene importancia, vuelve a arrebujarse dentro del abrigo cuando una ráfaga de viento hace que se formen pequeñas olas en la orilla del lago.

—¿Qué haces aquí, Joel?

—Demostrarte que no todo está perdido entre nosotros.

Por fin me mira, tiene los ojos llenos de lágrimas y no puedo evitar alargar la mano y enjugárselas con los pulgares.

—Déjame luchar por ti —susurro dando un paso para acercarme a ella.

—No.

Rompe el contacto y se aleja dándome la espalda. Agacho la cabeza y me paso la mano por ella.

«¿Cómo hiciste para que mamá se enamorara de ti?». «¿Vas a arreglarlo?». «Prométeme que no va a volver a llorar por tu culpa». «Alguien tiene que luchar por esta familia, Hugo». Las palabras de mis hijos acuden a mi mente y son las que me espolean a no rendirme.

«Medidas desesperadas requieren actuaciones espaciales». Y, bajo ese lema, decido darle un día. Mañana pasaré a la acción. Además, no se me ocurre mejor día para empezar que su cumpleaños.

9 ZOE



No sé dónde esconderme, me apetece estar sola. Necesito volver a conectar y dejar de sentirme de esta manera. Y no sé cómo hacerlo. No sé si es debido a lo que ha sucedido o que estoy tan agotada mental y físicamente que… Y tampoco sé si metiéndome en la cama voy a solucionar todo lo que está ocurriendo.

Pensaba que, viniendo aquí, se solucionarían todos mis problemas, lo que no esperaba es que esos «problemas», me perseguirían hasta la otra punta del mundo.

Me siento culpable por necesitar un descanso, por necesitar estar sola, como si mis hijos me molestaran, como si… Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

«Déjame luchar por ti», pero ¿es que queda algo por lo que luchar? De verdad, quiero que lo haga, y al mismo tiempo, no. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos que se contradicen unos a otros. Creo que me estoy volviendo loca. No sé qué me está pasando ni por qué me siento así. Y lo peor es que ha sido de repente. Ya sabía que no estaba bien, sin embargo…, no sé cómo manejar mi estado de ánimo.

Entro en la habitación y la cama ejerce una fuerza descomunal para que me meta en ella. Y

no quiero, pero tampoco tengo la energía suficiente para cruzar la puerta y ponerme a trabajar, que es para lo que estoy aquí. Quizás debería volver a Madrid.

Al final, opto por la opción más sencilla. Me meto en la cama con el ordenador. Eso creo que sí puedo hacerlo, y por lo menos no tendré otro motivo para sentirme culpable.

Paso el día entre páginas de internet y, en el último momento, llevada por un impulso, entro en la web del hotel para ver las actividades que ofrecen. Las ojeo, distraída. ¿Y si…?

Reservo un pack completo para un día de spa con masaje incluido. Si de verdad está aquí para trabajar, él puede encargarse de las actividades de riesgo y yo de la parte tranquila.

◆◆◆

Cuando vuelvo a levantar la vista, son más de las diez y es noche cerrada. Ni siquiera me he dado cuenta de que Joel ha pasado el día sentado en el sofá imitando mi postura. Miro la mesita que está a sus pies y veo un despliegue de comida sin tocar.

—Deberías comer algo —murmura sin levantar la vista del ordenador.

Si las circunstancias fueran diferentes, ahora mismo me sentaría a su lado, pasaría de la comida y me centraría en apretarme contra él. Sin embargo, no puedo olvidar todas las conversaciones pidiéndole que llegara antes a casa, ni que nos dedicara más tiempo. Fueron tantas, que perdí la cuenta de las veces que lo hablamos, y todas y cada una de ellas eran olvidadas en el momento en el que nos íbamos a dormir.

Me levanto de la cama y, con desgana, ingiero un sándwich vegetal, que, la verdad, tiene una pinta estupenda y sabe aún mejor.

—¿Qué vamos a hacer mañana? He pensado que podríamos aprovechar que…

—He contratado un paquete de relajación con masaje —me apresuro a decir. Y vuelvo a sentirme culpable por no haber contado con él—. Puedo cancelarlo…

—No. Aprovecharé el día para ver qué podemos hacer para el reportaje. —Asiento, y no paso por alto que ninguno de los dos haga referencia a que es mi cumpleaños y que yo estoy intentando evitar celebrarlo a su lado.

Antes, nuestros cumpleaños eran solo para nosotros. Nos metíamos en la cama y no salíamos de ella. Hablábamos, nos reíamos y hacíamos el amor durante horas. En el mío era el día completo, en el suyo, después de hablar con su hermana.

—Voy a darme una ducha y meterme en la cama.

Me encierro en el baño ante su atenta mirada, pero no me detiene, y una parte de mí, una muy pequeñita, quiere pedirle que me grite, que me haga salir de este estado en el que me encuentro. Pero la más grande, no. Esa está vanagloriándose de que nos deje en paz.

◆◆◆

Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy totalmente enredada en Joel, creo que mi subconsciente lo ha buscado en sueños, si no, no me explico cómo he acabado con medio cuerpo encima del suyo. Me dejo arrastrar por su calor. Y me excito de una manera animal. Y es lo que me hace saltar de la cama y vestirme rápidamente. No puedo hacernos esto.

Desayuno un café con tostadas y mantequilla. Me acerco a recepción y, muy amablemente, me dan todo lo que necesito para disfrutar de un día de relajación. A mí lo de relajarme me da un poco igual. Yo quiero estar sola y que me dejen en paz, y de paso, no sentirme tan culpable por no dar un palo al agua, ya que es algo que añadir en el reportaje.

«Feliz cumpleaños, Zoe», me deseo con desgana, con tanta que ignoro, completamente, todos y cada uno de los mensajes que voy recibiendo al cabo del día.

Paso las horas entre piscinas de agua caliente, de agua helada y no sé qué historias para acabar totalmente «relajada». Yo con lo único que he acabado es con mis dedos arrugados como pasas.

Me dirijo por el pasillo y miro el móvil, tengo un mensaje de Silvia y Hugo, diciéndome lo bien que lo están pasando y que me echan muchísimo de menos. Y lo único que me hace sonreír, por primera vez en días, es la canción deseándome un feliz cumpleaños. Hugo toca la guitarra y Silvia pone la voz.

Al final, son las manos de la masajista las que me someten a un estado de relajación, consiguiendo que me duerma con la mente totalmente en blanco. Mi cuerpo se queda laxo, y entro en un estado zen que me viene como agua de mayo.

Por eso me animo a entrar en el restaurante, después de todo este día tengo muchísima hambre. Como una ensalada con aguacate que me provoca un gemido de satisfacción y la acompaño con una botella de vino blanco que hace que mi mente vuele a kilómetros de distancia.

Vuelvo a la habitación, serena y tranquila. Y cuando veo la puerta y la tarjeta, recuerdo haberme encontrado antes en la misma situación, solo que aquella vez fue drogada por un analgésico y ahora estoy algo borracha. Pero, para el caso, es lo mismo, ya que vuelvo a ver doble la ranura y no atino a meter ese trozo de plástico en ella.

Menos mal que la puerta se abre y no tengo que lanzarme contra ella.

—Hola —digo, contenta.

Me mira alzando las cejas y reparo en que su torso está al descubierto, y que puedo admirar ese tatuaje que tanto me gusta, libremente. Alargo la mano de manera involuntaria y suspiro cuando toco esa «Z» que se tatuó en mi honor.

—Zoe… —bisbisea, provocando que mi respiración se acelere.

—No me has felicitado —murmuro, elevando la barbilla y poniéndome de puntillas.

—¿Querías que lo hiciera?

—Puede.

—Te has marchado antes de que pudiera hacerlo. —Y no sé si es un reproche o no, aunque tampoco me importa.

—Ya. Pero quiero que lo hagas —contesto, acercando mis labios a los suyos.

Necesito que me bese, y lo necesito con urgencia, por eso rozo sus labios de manera sutil, porque también añoro que sea él quien genere este contacto.

Gimo en su boca cuando arrasa con todo a su paso. Y me deshago. Juro que siento cómo las piernas dejan de sostenerme. ¡Dios, cómo lo he echado de menos!

Me tambaleo cuando se separa de mí como si quemara.

—¿Estás borracha?

—Puede. —Me encojo de hombros, pensando en que ese no es un motivo de peso para que se aleje de mí.

—No voy a acostarme contigo en ese estado.

Sus palabras me golpean como si de un guantazo se tratara.

Lo miro con ira y tengo ganas de hacerle daño, de doblegarlo y asestarle un golpe mortal que tire por la borda todo lo que un día fuimos. Quiero que sufra y lo quiero con la misma fuerza con la que lo deseo a él en este momento.

—Antes no te importaba —escupo con rabia.

—¡Antes no querías dejarme, joder!

Nos retamos con la mirada. Él piensa que estoy excitada por el alcohol, no porque sea su persona la que me suma en ese estado en el que no soy capaz de ver más allá del hombre que es y de lo que siempre me ha hecho sentir entre sus brazos.

Y sé que voy a morir por lo que estoy a punto de hacer, pero voy a morir matando. Y también sé que nos voy a condenar un poquito más.

—Bueno, no pasa nada —digo con desgana.

Me acerco a mi maleta, la cual está sin deshacer, y sonrío victoriosa cuando doy con lo que estoy buscando.

—No lo hagas, Suspiritos. —Me encojo de hombros en respuesta.

Estoy demasiado borracha y excitada como para que me niegue lo único que necesito de él.

Me desnudo ante su atenta mirada, me despojo de mi camiseta, de mis pantalones y me quedo en ropa interior, esperando algo por su parte que aparentemente no va a llegar. Me desabrocho el sujetador y, con una lentitud que me parece digna de admiración, me deshago de mis braguitas.

Traga saliva. Y sonrío.

Me tumbo en la cama. Él gruñe.

Cierro los ojos, y me dejo llevar como si fueran sus manos las que me acarician los pechos, y sus dientes y no mis dedos los que tiran de mi pezón derecho. Gimo, cuando me dirijo con el consolador hacia el lugar que necesito que él alivie.

—Zoe… —Y escuchar mi nombre en sus labios me transporta a las estrellas.

Y me vuelvo más valiente, con él perdí la vergüenza hace mucho tiempo, así que abro mis piernas y dejo resbalar el consolador en mi interior. Vuelvo a gemir, y juro que siento como si realmente fuera él quien me penetra. Arqueo la espalda, cuando escucho un gruñido por su parte. Se me acelera la respiración. Y entonces…, entonces grito cuando su lengua y sus dedos sustituyen a ese trozo de plástico. Vuelvo a arquearme ante la descarga eléctrica que me están provocando sus caricias.

Enredo las manos en su pelo y tiro de él, porque he echado mucho de menos poder hacerlo. Y aunque lo está haciendo con furia, eso solo espolea mis ganas de él.

—¿Esto es lo que quieres? —pregunta sin dejar de penetrarme con los dedos.

—Sí. —Elevo mi pelvis, porque necesito más profundidad.

—¿Qué más quieres? —«A ti» quiero gritar con desesperación. Consigo contenerme a duras penas—. ¿Qué más quieres? —Hay tanta rabia en su voz, que sé que mañana me voy a arrepentir de esto. Pero es que no puedo parar y no quiero que él se detenga.

—Que te toques mientras me haces llegar al orgasmo. —Grito cuando vuelve a acercar su boca y coloca una de mis piernas encima de su hombro para abrirme más a él.

Elevo la mirada justo a tiempo de ver cómo la mano que le queda libre se acerca a su entrepierna. Y es instantáneo. El orgasmo me arrasa y grito su nombre mientras me agarro a su cabello para que no se separe de mí. Para que nunca más me vuelva a dejar. ¡Dios, cómo lo quiero!

Se levanta limpiándose la boca con el antebrazo. No me mira. Y yo me encojo en la cama, sin saber por qué. Ni siquiera puedo disfrutar del orgasmo que acabo de tener.

Levanta la mirada y, cuando veo sus ojos vacíos, es cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

—Feliz cumpleaños, Suspiritos —dice dándose la vuelta para encerrarse en el baño.

Me quedo sentada en la cama sin saber si seguirlo o no.

No he terminado de decidirlo cuando la puerta vuelve a abrirse y golpea la pared con fuerza, me mira con decisión mientras se acerca, y mi corazón responde con un «bum, bum» que consigue que dé un respingo por el tiempo que hace que no lo siento.

—¿Se te ha pasado la borrachera? —pregunta mientras gatea por la cama, haciendo que yo me vaya dejando caer hacia atrás. Asiento—. Bien, eso está bien. Buenas noches.

Se aparta y se deja caer a mi lado, y yo no sé si debería sentirme culpable o no, si debería pedir perdón o no. O si debería pasar de todo, cerrar los ojos y dejarme llevar por la inconsciencia.

10 JOEL



Me levanto con cuidado para no despertarla, sé que cuando lo haga va a tener un dolor de cabeza espantoso.

Me tropiezo con el consolador que sacó Zoe de la maleta. Supo llevarme al límite, y no sé de qué me sorprendo, siempre ha tenido ese poder sobre mí. Y no solo eso, sino que tuve que tirar de todo mi autocontrol para que la situación no llegara más allá.

Ayer las llamadas de preocupación empezaron a llegar en cascada cuando no respondió a ninguna de las que ella recibió. Ni siquiera la de sus padres. Tuve que tranquilizar a todo el mundo. Por lo menos, sé que contestó al mensaje de Hugo y Silvia. Y fue cuando conseguí relajarme lo suficiente como para no salir a buscarla cagando leches.

Doy un último vistazo antes de salir de la habitación, necesito correr. Algo de ejercicio que me ayude a despejar la mente, y, sobre todo, algo que me diga cómo continuar sin acabar yo también hecho pedazos, más de lo que ya estoy.

Nunca imaginé que llegaríamos a una situación similar. Jamás, ni siquiera en nuestro primer año en Nueva York. Por aquel entonces tenía la certeza de que juntos éramos invencibles y que

no habría nada en el mundo que pudiera destruir lo que estábamos construyendo. Qué poco podía imaginar que ese algo sería yo mismo.

Al volver, me doy una ducha rápida y me planteo todas y cada una de mis opciones. Y estoy entre llevarla al límite para que erupcione y vomite todo lo que lleva dentro o simplemente recordarle todos y cada uno de nuestros besos.

¿Cómo se recupera a la mujer de tu vida cuando esta ha perdido todas las esperanzas? No lo sé, y eso me hace sentir un poco gilipollas, la verdad.

Salgo del cuarto de baño secándome el pelo con una toalla. Sigue dormida, totalmente desnuda, y se me hace la boca agua. Uno, porque la sigo deseando exactamente de la misma manera en la que lo hice la primera vez que la vi. Y dos, porque no puedo dejar de recordar lo que pasó ayer, la manera en la que me excité al verla dándose placer a ella misma. Creo que ese siempre ha sido uno de nuestros puntos débiles.

Me acerco a ella sin poder evitarlo y le acaricio la mejilla que no está apoyada en la almohada. Parpadea y cierra los ojos con fuerza soltando un suspiro. ¡Dios, quiero follármela! O más bien tendría que decir que necesito hacerlo, aunque no me lo pueda permitir. Y es una putada.

—Buenos días —murmuro, depositando un beso en su frente.

Sale de la cama sin mirarme y se encierra en el baño.

«Paciencia, paciencia, paciencia», pienso mientras me levanto y me visto.

—Zoe… —hablo cuando sale del cuarto de baño.

—Siento lo que pasó ayer —dice sin mirarme mientras se viste.

—¿Qué es lo que sientes, exactamente? —pregunto, cruzándome de brazos—. No tienes que pedir perdón por querer echar un polvo, Zoe. La pregunta es, ¿era realmente conmigo con quien querías acostarte o te hubiese servido cualquiera?

Se tensa en cuanto termino de pronunciar esas palabras, y yo solo espero una reacción, algo, lo que sea que me diga si llevándola al límite estoy haciendo lo correcto.

—Eras el que más a mano me pillaba. —Y yo sonrío con esa arrogancia que sé que detesta y adora en igual medida.

Ha reaccionado como esperaba que lo hiciera, como lo haría mi Suspiritos, y eso me anima a seguir.

Me acerco a su espalda y acaricio su hombro haciendo que su piel se erice a medida que lo recorro con solo un dedo.

—¿Estás segura? —susurro cerca de su oído, acercándome un poco más—. Dime,

Suspiritos…, ¿estás segura? —Se deja caer sobre mi pecho suspirando—. Lo suponía —agrego con arrogancia fingida.

Nadie sabe lo que me cuesta dar un paso atrás y alejarme de ella. Cuando todo mi cuerpo clama por hacer justamente lo contrario. Y sé que no me lo puedo permitir, no en la situación en la que nos encontramos.

—Vamos, tenemos trabajo que hacer —digo.

Termina de vestirse y sale por la puerta sin mirarme.

—¿Dónde vamos? —pregunta subiéndose en el coche de alquiler.

La verdad, podría haber contratado un tour, pero, en realidad, lo que me apetece es intentar hacer lo que hicimos la última vez que tuvimos la oportunidad de viajar juntos. Ir por nuestra cuenta.

—A Milford Sound. Te va a gustar, no te preocupes.

Se gira para mirarme y se endereza en el asiento.

—No te he preguntado si me va a gustar. No necesito que me guste. Solo quiero acabar con esto, hacer el reportaje y que nos larguemos de este maldito lugar —contesta, perdiendo la vista en la ventanilla.

Nos ponemos en marcha minutos después.

No dejo de preguntarme, en las casi dos horas que llevamos de trayecto, en qué momento ha dejado de importarle lo que siempre ha disfrutado tanto. Y quiero creer que no todo es responsabilidad mía.

Esta Zoe me es desconocida. Porque en su momento, por mucho que discutiéramos, por mucho que pasara todo lo que pasara entre nosotros, nunca dejó de lado la pasión por su trabajo.

Y no sé cómo sobrellevarlo.

Creo que esta etapa que estamos viviendo, y con todo lo que yo también arrastro, está empezando a afectarme de verdad.

11 ZOE



No quiero estar aquí, esa es la verdad. Me gustaría hallarme en cualquier otro lugar, menos en el que nos encontramos. Quiero irme, aunque no pueda llegar a plantearme el hacerlo.

El silencio reina en el vehículo que Joel ha alquilado.

Estoy enfadada y dolida, pero mentiría si dijera que el motivo es él. No, el motivo soy yo y el maldito lío que tengo en la cabeza, y lo que más me cabrea es que he querido hacerme la valiente y dejarle claro que todo me importa una mierda, cuando la realidad es que anoche solo deseaba que me tocara. Y él eso lo sabe.

Ojalá pudiera echarle la culpa por haber perdido el control, pero no lo hizo completamente. Se limitó a darme lo que yo necesitaba y se mantuvo en su sitio, cosa que yo no pude hacer. Y no sé cómo sentirme al respecto, ya que no tengo nada que reprocharle.

—¿Por qué estás ayudando en este reportaje?

Es algo que no he dejado de preguntarme desde que le lancé la lamparita de noche a la cabeza. Porque no lo entiendo, ya que él tendría que estar encerrado en su despacho. Ya me

parecía excesivo el hecho de que estuviera en casa de vacaciones, aunque ni siquiera esté segura del motivo. Al fin y al cabo, el día que discutimos, él ya estaba allí. Así que no se debe a que yo haya tomado la decisión de acabar con todo.

Me mira de reojo y coge aire lentamente, y no sé si es porque no quiere contestar o porque lo que tenga que decir va a hacerme muy poca gracia.

—No estoy aquí ayudando con el reportaje —murmura, devolviendo su atención a la carretera.

Por cierto, el paisaje es precioso, pero estoy demasiado centrada en lo que acaba de decir como para que mi atención pueda dirigirse a todas las montañas con picos nevados que vamos encontrando.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, totalmente alerta.

—Que no estamos aquí para trabajar —contesta, pasándose una mano por ese cabello que…

—Para el coche —digo, alterada. No me hace ni caso—. ¡Para el puto coche!

Y el estallido es tal que mis ojos se llenan de lágrimas al instante. ¡Dios, estoy cansada de llorar! Muy cansada.

Se dirige al arcén y yo me apeo incluso antes de que el motor se detenga completamente. Lo hago a lo loco, importándome muy poco si pasa cualquier coche o autobús y termina por embestirme.

—Zoe…

No lo miro mientras me paseo nerviosa, sabiendo que no estoy ahí por los motivos que yo creía, sino que todo ha sido orquestado por él. ¿Con qué razón? No tengo ni idea, pero es que tampoco me importa. Llevo tres días sabiendo que no quiero estar en este lugar, y dándome una y mil excusas para quedarme, porque no puedo perder lo único que me queda, que es lo que me permite salir de casa y despejar la mente.

—¿Me has traído tú aquí? —pregunto limpiándome las lágrimas.

—Sí.

Y quiero gritar hasta desgañitarme, quiero convertirme en una maldita bomba y ser capaz de arrasar con todo a mi paso. Pero es que, simplemente, no puedo. Ya no puedo más. Empiezo a llorar sin control y no sé qué hacer con todo lo que llevo en mi interior. Porque ni siquiera soy capaz de decirme a mí misma qué es lo que ocurre. Me abraza y me agarro a su cazadora con desesperación. No dice nada, solo entierra la mano en mi melena y con la otra me sujeta de la cintura.

¿Cómo hemos podido perdernos tanto?

Vuelvo a agarrarme a él, porque necesito que me sujete, que sea él quien lidie con toda esta situación.

Él se mantiene en silencio, creo que ni se atreve a respirar mientras lo único que yo puedo hacer es llorar escondida en sus pectorales.

Rato después, noto como coloca un auricular en mi oído, y los acordes empiezan a sonar. Y lo hacen una y otra vez, hasta que me vacío completamente y no me queda nada más por lo que llorar. Y sigo sin separarme de él. Me aferro a su torso con miedo a que, si lo suelto, vaya a desaparecer.

—Te he traído aquí porque siempre dijimos que, cuando pudiéramos, sería el primer lugar al que volveríamos, y que crearíamos recuerdos nuevos. Siempre dijiste que harías el baile de la victoria delante la habitación, ya que Nueva Zelanda no pudo con nosotros.

Recuerdo esa conversación, estábamos en la cama, él con la cabeza apoyada en mi regazo mientras yo acariciaba su cuero cabelludo. Sé que muchas veces puede parecer lo contrario por cómo nos encontramos a nivel de pareja, pero, desde que volvimos de Nueva York, éramos felices. Y cuando nacieron Hugo y Silvia, la felicidad se multiplicó. Y la realidad es que sigo echándolo de menos. Añoro sus sonrisas arrogantes, la manera en la que se cruza de brazos. Echo de menos sus «Suspiritos», y, lo que más, el sentirme segura a su lado. El saber que puedo con todo porque él está conmigo. A lo mejor, por eso me duele tanto lo que estamos viviendo, porque no sé el motivo por el que lo he perdido.

La música sigue sonando en mi oído, *Take Your Time*, sigue siendo ese bálsamo que conseguía templar mis nervios. Sin embargo, en esta ocasión, no es la voz de Sam Hunt la que consigue calmar los latidos de mi corazón, no. Es la voz de Joel la que logra que me relaje completamente.

—Solo necesito que me des la oportunidad de arreglar todo lo que he roto —murmura contra mi cabeza—. Solo eso, una oportunidad, Suspiritos.

—¿Y si no lo conseguimos? —pregunto cuando me doy cuenta de que no es un trabajo que tenga que ejercer él solo. Yo también tengo que estar dispuesta a hacerlo.

—Ya nos enfrentaremos a eso, si es que llegamos a ese punto.

Vuelvo a apretarme contra él, aunque estemos al borde de la hipotermia.

—Deberíamos movernos —susurro.

—¿Quieres hacerlo?

—No.

Siento cómo su pecho sube y baja, creo que se está riendo, aunque no puedo asegurarlo, ya que me niego a abandonar mi escondite. Si me obliga a ello, va a tener que conducir conmigo en brazos.

Vuelve a apretarme contra su cuerpo, como si él necesitara ese abrazo tanto como yo. El tiempo que pasamos en esa postura es indefinido, y se me están empezando a adormecer las manos, lo mejor será que nos pongamos en marcha. Así que me obligo a dar un paso atrás para mirarlo a los ojos. Mi cara debe de ser todo un cuadro, por lo mucho que he llorado.

—Ahora sí que es momento de que nos pongamos en marcha, empiezo a no sentir las manos.

—No quieras saber cómo tengo la polla, Suspiritos.

Y suelto una carcajada, que me resulta sanadora y provoca que vuelva a abrazarlo con ganas.

—Qué bien te sienta reír. No vuelvas a dejar de hacerlo.

No sé qué contestar a eso, ya que no es algo que yo haya provocado, simplemente ha ocurrido sin que pudiera remediarlo.

—¿Podemos volver al hotel?

Asiente, pero, antes, rodea mis mejillas y me besa. Y siento que uno de los agujeros por los que mi corazón llora a diario se cierra completamente, como si él fuera la tirita que necesita para empezar a sanar.

12 joel



Se está riendo a carcajadas. Esta vez, sus lágrimas son porque no puede dejar de reír y no por todo lo que la atenaza.

—¿De verdad te pegó un puñetazo en los huevos? —Y vuelve a reírse con ganas, aunque yo tenga ganas de encogerme al recordar el dolor que me recorrió de arriba abajo.

—Sí, al grito de: «Medidas desesperadas requieren actuaciones espaciales». Y luego me hizo un interrogatorio. Creo que pretendía ser un abogado de Wall Street, pero a mí me pareció más bien un pequeño capo de la mafia, capaz de torturar a cualquiera con tal de proteger a su familia.

Le cambia el gesto completamente, y lo que hace unos segundos eran risas pasan a ser algo completamente diferente.

—No debería haber llegado tan lejos, no debería haber dejado que vieran…

Agacha la mirada y su rostro queda cubierto por su melena. Estoy tumbado en la cama con las rodillas flexionadas, y ella está sentada sobre mi regazo, con la espalda apoyada en mis

piernas, por lo que me cuesta un poco incorporarme para apartar su cabello y poder mirarla a la cara.

—Esto no es tu culpa, Zoe.

—Pero…

—No es tu culpa. Estás saturada, y no me extraña. Lo has llevado todo completamente sola. La casa, el colegio, los niños, tu carrera. No puedes cargar con todas las responsabilidades. No cuando yo no he estado.

—Estabas trabajando.

Sí, estaba trabajando, pero es que eso no me excusa para nada. Ella se siente culpable por no poder más, y yo lo hago por no parar a tiempo. Por permitir que sea ella la que cargue con todas las responsabilidades.

Entonces me doy cuenta de que, realmente, la valiente en todo este problema es ella, que ha sido la única con la capacidad de decir «basta». También soy consciente de la crisis que estamos atravesando. Y solo espero que seamos lo suficientemente fuertes como para capearla. Porque sí, ahora nos estamos riendo, o por lo menos, lo estábamos hasta hace unos minutos, pero no va a ser tan sencillo como reírnos y pretender que todos nuestros problemas desaparezcan.

—Te quiero —murmuro, haciendo que levante la mirada de golpe.

Soy tan gilipollas que no se me ha ocurrido decirle lo único importante, y es lo muchísimo que la quiero, y la certeza de que mi vida sería un auténtico infierno si ella decidiera marcharse.

—Te quiero, Suspiritos —repito.

—Yo también te quiero muchísimo.

¡Dios! Quiero enterrarme en ella y no salir de esta habitación hasta que tengamos que abandonar el país. Mi polla salta ante la idea y ella se muerde el labio de esa manera que hace que yo pierda los papeles por completo. Aunque no sé si es lo que necesitamos en este momento.

—Zoe… —murmuro cuando ondula las caderas sobre mi pelvis.

—Lo sé, no podemos arreglar las cosas con sexo, pero… —La animo a continuar, no quiero que se guarde nada. Si queremos que esto funcione, debemos aprender a comunicarnos de nuevo —. Sé que lo de anoche… estuvo fatal. No fue por el alcohol, Joel. Fue porque de una manera retorcida necesitaba volver a sentir que me deseabas de la misma forma en la que lo sigo haciendo yo y es lo único que se me ocurrió.

—Zoe… —Agarro sus mejillas para que me mire—. Yo no he dejado de desearte. No desde que cruzaste aquella puerta en la sala de reuniones. Sigo enamorado de ti como el primer día. Incluso más, diría yo.

Me abraza y esconde el rostro en mi cuello, como si eso fuera lo único que necesitaba escuchar.

—¿Qué te parece si por esta noche dejamos todos los problemas detrás de estas cuatro paredes y nos dedicamos solo a ser tú y yo? —Y sé que no es la mejor de las ideas, pero…

—Me parece una idea nefasta pero no hay nada que desee más ahora mismo —dice, poniendo en voz alta mis pensamientos.

Joder, yo necesito prácticamente lo mismo. Y soy consciente de que esto no va a arreglar nada de lo que nos está ocurriendo, ni muchísimo menos, pero va a ser algo de lo que ya nos preocuparemos en otro momento.

Me lanzo como un demente contra sus labios atrayéndola por la nuca. El suspiro de alivio que emite me enciende más. Nos giro para quedar completamente encima y que note mi necesidad. Enreda las manos en mi pelo y me acerca a ella. Quiero comérmela a besos, desgastarla con mi lengua y grabar en su cuerpo lo muchísimo que la sigo queriendo, que siempre la voy la querer.

¿Cómo he podido dejar que llegáramos tan lejos?

Tenemos que encontrar la manera de hacer que esto funcione, que nosotros volvamos a ser lo que un día fuimos.

Sube mi camiseta por mi torso hasta quitármela completamente, y se incorpora lo suficiente como para seguir con la lengua todo el intrincado dibujo que adorna mis pectorales. Me estremezco al volver a sentir esa caricia y empujo con suavidad para que nuestros sexos conecten. Estoy a punto de correrme y todavía no nos hemos quitado los pantalones de pijama.

Y juro que verla debajo arqueando la espalda es la imagen más erótica que voy a ver en toda mi jodida vida.

Dejo un reguero de besos en la base de su cuello y sonrío cuando se estremece. Quiero tocarla por todos lados y ojalá tuviera manos suficientes como para llevarlo a cabo.

No puedo dejar de acariciarla, ni de besarla y soy consciente de que es mucho más que necesidad. Es saber que la cuerda floja en la que te mueves está a punto de romperse y que puedes caer al abismo por un simple mal movimiento. Y a ella debe de pasarle algo similar, ya que se mueve de manera frenética y llena de impaciencia. Y me da mucha pena haber llegado hasta este punto.

—Prométeme que vamos a luchar, Suspiritos. —Y no me importa sonar vulnerable o que mi voz transmita todo el miedo que siento en estos momentos.

Se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas que no se permite derramar y asiente.

Nuestros movimientos pierden el frenesí y se vuelven más calmados, más lentos, besándonos en todas las zonas que la ropa va dejando al descubierto. Beso el tatuaje de su ingle y

me entretengo en esa zona. No de una manera sexual, más bien con la certeza de saber que sigue aquí. Que, por ahora, está conmigo.

—Te lo prometo —susurra con un suspiro cuando, por fin, me adentro en ella.

13 zoe



Tengo la sensación de que en los últimos dos días no hemos avanzado nada. Si por nada entendemos a que las horas han transcurrido con nuestros cuerpos enredados entre las sábanas. Además de charlas sin importancia mientras recobrábamos el aliento. Y lo que tenía que ser cosa de una noche se nos olvidó en el momento en el que amanecimos desnudos. Fui yo la que lo besó con ansia desmedida y todo volvió a quedar detrás de esa puerta que nos ha mantenido aislados del mundo.

Por eso estamos donde estamos, para aparentar una normalidad que, estoy segura, ninguno de los dos siente. Aunque nos estemos esforzando en fingir lo contrario.

—No. —Me cruzo de brazos para dejar clara mi postura. Esta no tiene nada que ver con salvar o no nuestra relación—. No voy a tirarme.

Ahora mismo me da igual que estemos en plena cruzada contra todo lo que nos está separando. El que yo me lance o no por la tirolina, no va a ayudarnos en nada, solo a que mis hijos tengan que convivir con una madre lisiada.

Me mira sonriendo y me recoloca el casco que muy amablemente me han dejado.

No entiendo por qué, de entre todas las actividades que ofrece Nueva Zelanda, quiere que rememoremos esta. Y menos mal que no se le ha ocurrido que nos tiremos por un puente.

—Vamos, Suspiritos. —Niego con la cabeza y doy un paso atrás.

No quiero tirarme, bastante me costó la última vez, y, aunque fue divertido, no es algo que realmente me apasione. Nunca me han gustado las emociones fuertes. Además de que sigo teniendo vértigo y estoy a punto de vomitar.

—No.

—Venga. —Odio que utilice esa sonrisa para convencerme de que haga algo que no quiero hacer.

—Salta tú —digo mientras me agarra por las caderas, ante las miradas divertidas de todas las personas que están esperando, ya sea para que me lance por ese hilo metálico, o bien para que me aparte y puedan hacerlo ellos. —No quiero saltar. —Y me estoy empezando a cabrear. Vuelve a sonreír de esa manera que consigue vencer todas mis limitaciones y yo termino por hacer lo último que debería hacer—. ¡Que saltes tú, coño! —Lo empujo para que se aleje de mí.

¡Ay, Dios mío! Veo como trastabilla hacia atrás perdiendo el equilibro y cae al vacío en una postura que podría ser hasta cómica, si no fuera porque a mí se me sube el corazón a la garganta.

Grito que alguien lo ayude mientras observo como él intenta enderezarse para terminar esa línea de una manera limpia. ¡Dios! Me lanzo como una demente hacia delante hasta que mis pies dejan de tocar la plataforma de madera que me mantenía en tierra.

No voy a llegar a ayudarlo, y muy posiblemente acabemos muriendo los dos, pero, por lo menos, quedara constancia de que no ha sido adrede. De que intenté salvarlo de una muerte dolorosa.

Veo cómo, por la inercia, me voy a acercando a él. Ni siquiera soy consciente de lo alto que me encuentro, ni de cómo voy dejando los árboles atrás a toda velocidad. En lo único que puedo pensar es en alcanzarlo, decirle lo mucho que le quiero y que no era mi intención matarlo. Por muchas veces que haya amenazado con hacerlo.

Joel pierde velocidad y yo… no lo hago.

—¡Dios! —exclamo cuando mi cuerpo es frenado de manera brusca contra el suyo.

—¡Joder!

El chico que está en esa plataforma, asegurándose de que todo funcione correctamente, nos mira ojiplático, y yo… quiero desaparecer al recordar que, la primera vez, Joel me explicó que las tirolinas cuentan con un sistema de frenado para no acabar muriendo estrellado contra un árbol.

—¿Puedo preguntar qué pretendías? —Se asegura de que mis pies estén correctamente

afianzados en la plataforma antes de intentar enderezarse él.

—Salvarte —contesto con la poca dignidad que me queda.

—¿Salvarme? —pregunta mientras yo me quito todo el equipo de seguridad y se lo doy al chico, que me sigue mirando como si fuera una tarada de manual.

Se acabaron las aventuras para mí.

—Sí, salvarte de morir como si fueras una mierda de pájaro incrustada en el salpicadero del coche. Y a ver cómo les explico a tus hijos que los restos de su padre están en un tronco en Nueva Zelanda. Y que…

—¿Mierda de pájaro?

Pongo los ojos en blanco y me doy la vuelta mortificada, y todo porque sigo nerviosa y asustada. ¡Pensaba que iba a morir! Nadie puede culparme por actuar de manera irracional. Ni siquiera él.

Bajo por unas escaleras de madera, dejando las carcajadas de Joel a mi espalda. Que, por cierto, me acompañan más de la mitad del trayecto hacia donde sea que nos dirijamos.

¡Maldito Joel y maldita sea su risa! ¡Cuánto he echado de menos escucharlo reír!

La verdad es que estoy algo más relajada. Sigo pensando que tenemos mucho trabajo por delante, pero me alegra que él no diera todo por válido y decidiera tomar medidas en el asunto. Estos días me están viniendo bien. Creo que nos están viniendo bien. O solo estoy intentando convencerme de ello, que también puede ser.

—¿Dónde vamos? —pregunto manipulando los mandos del equipo de música para conectarlo a mi teléfono.

—¿Recuerdas cuando estuvimos aquí la primera vez? —Asiento—. Me quedé con ganas de hacer algo.

Frunzo el ceño. Que yo sepa, hicimos todas las actividades que encontramos a nuestro alcance. Nunca mencionó que se quedara algo pendiente.

—¿El qué?

—Hacerte el amor debajo de la aurora.

Aprieto los muslos con fuerza ante esa idea y no puedo evitar pensar en cómo han cambiado las cosas. Aquel día, después de pronunciar casi las mismas palabras, entré en un estado de nervios que derivó en una situación de consecuencias desastrosas, y ahora estoy deseando que pueda llevarlo a cabo.

—He estado mirando en internet, y pone que es muy probable que esta noche se dejen ver. Las condiciones climatológicas son óptimas. Además de que me apetece perderme contigo. Solos

tú y yo, Suspiritos.

Sonrío y entrelazo nuestros dedos en el cambio de marcha.

—Me parece una gran idea.

Volvemos a quedarnos en silencio y yo termino por relajarme hasta el punto de tararear una canción, que ni siquiera conozco, pero que tiene un estribillo muy pegadizo.

—Baja. —Detiene el coche en medio de ninguna parte.

Y aunque no está en mi instinto detenernos en lugares tan perdidos, lo hago. Su sonrisa es demasiado bonita como para no dejarse llevar. Antes de terminar de incorporarme, ya ha subido el volumen de la música y me ha agarrado de las caderas.

—Baila conmigo.

Y vuelvo a sonreír con ganas abrazando su torso. Sobre todo, por la canción que suena.

Esto es lo que más he echado de menos, estos momentos en los que todo lo que nos rodea deja de importar y solo somos él y yo. Sabe Dios que quiero a mis hijos más que a nada en el mundo. Pero estos instantes a su lado eran lo más bonito. Siempre buscábamos tenerlos, ya fuera después de acostarlos, o antes de que se despertaran. Por eso no entiendo cómo pudo dejarlos de lado ni que, por más que le pidiera y le rogara para que pasara tiempo con nosotros, o conmigo, en este caso, no hiciera nada por cambiar la situación.

—Vuelve conmigo —susurra, abrazándome más fuerte. Y entonces me doy cuenta de que estoy completamente tensa.

Intento volver al estado de relajación en el que me encontraba minutos atrás, ya que, a pesar de todo lo mal que lo he pasado, está aquí. Y es lo único que importa. Lo único que debería importarme.

Sin embargo, no es algo que consiga hacer.

14 joel



No dejo de pensar en la manera en la que se ha lanzado sin querer hacerlo, por el simple hecho de creer que iba a matarme o que tenía que salvarme.

Y el momento «mierda de pájaro» me ha matado, de verdad, porque, por un instante, he vislumbrado a mi Suspiritos, la original... Esa de la que estoy completamente enamorado. Por eso le he pedido bailar, porque necesito que entienda que no voy a volver a marcharme, no sin ella.

No sé lo que está pensando en este momento, pero su cuerpo se ha tensado completamente.

—Vuelve conmigo.

Refuerza el abrazo como si se estuviera cerciorando de que realmente soy yo.

—Te quiero —digo sobre su pelo.

Y me juro que, aunque tenga que repetírselo cada segundo de cada maldita hora de mi vida, no voy a parar hasta que esté convencida de que es ella. Que siempre va a ser ella.

—Ponla otra vez —pide, sin embargo, necesito que me suelte para poder hacerlo.

La veo tan pequeña y vulnerable, que directamente olvido mi cometido y dejo que me abrace.

Y de golpe entiendo lo que ocurre. Ella no confía en nosotros, no confía en que podamos arreglar lo que sea que nos esté pasando y se está agarrando a mí como si, de esa manera, pudiera evitar que yo desaparezca.

—Suspiritos…

—No lo digas. —Me detiene levantando la cabeza. Pero es que necesito decirlo—. Por favor, solo…, no lo digas.

Y aunque sé que no es lo correcto, la agarro por las mejillas y la beso, intentando transmitirle lo que no me permite decir. Se deja llevar por el beso, aunque tengo la sensación de que ni ella ni yo estamos seguros de lo que estamos haciendo. Deberíamos hablar, tendríamos que sacar lo que sea que nos carcome a los dos por dentro. Sin embargo, solo nos besamos entre montañas nevadas y un millón de incertidumbres.

Volvemos a ponernos en marcha más de una hora después. Me pide ser la que se ponga tras el volante, y la dejo, ya que, cuando se siente estresada, conducir la ayuda a mantener sus emociones a raya.

Maneja en silencio hasta que se desvía por un camino que no está ni siquiera marcado por el GPS y detiene el coche tirando del freno de mano.

—Zoe…

Consigue saltar sobre mi regazo y sentarse a ahorcajadas con tanta maestría que, cuando quiero reaccionar, tengo su lengua en la boca mientras tira de mi pelo con fuerza.

—No necesito una aurora para que me hagas el amor, porque, lo que necesito ahora, es que me folles.

Se me para el corazón al escuchar esas palabras porque no son las mismas que pronunció tantos años atrás. Pero sí que vienen a decir lo mismo.

Debería detener esta locura, no dejar que se haga más daño ni que me lo haga a mí. Sin embargo, una cosa es lo correcto y otra es sentirla moverse con un propósito, que no es otro que yo. Y me cabreo con ella por manejar de esta manera la situación y conmigo por no ser capaz de parar.

Tiro de la palanca, que encuentro de puro milagro, haciendo que el asiento se eche para atrás y realizo la misma maniobra con el respaldo hasta que quedo tumbado con ella encima. La agarro de la nuca para que ni se le ocurra moverse y la beso con rabia acumulada. Lo que no tengo claro es hacia quién va dirigida.

No sé cómo lo consigue, de verdad, o quizás es que simplemente he perdido toda capacidad de raciocinio, pero mis pantalones están en mis rodillas, y los suyos, directamente han desaparecido.

—¿Esto es lo que quieres? —Mi voz revela todo lo que estoy sintiendo en este momento, que no deja de ser un cabreo de la leche y un calentón de la hostia. Asiente agarrando mi erección—. Pues fóllame —digo, sabiendo como sé que nos he sentenciado un poco más.

Es ella la que se encarga de introducirme en su interior y moverse con furia. Yo en este momento soy una puta marioneta que solo es capaz de hacer lo que le ordena la persona que la maneja.

Se mueve con una rabia que solo sirve para alimentar la mía y, al mismo tiempo consigue que mi pelvis se mueva de manera incontrolada para profundizar las acometidas. Y cuando susurra mi nombre, termino de perder el poco control que me queda. A la mierda si nos arrepentimos de esto y destrozamos los pocos pasos que hemos dado estos días.

Nos muevo y la dejo caer sobre el asiento. No sé cómo consigo hacerlo sin sufrir lesiones, debido al poco espacio del que disponemos. Tengo la adrenalina por las nubes. Y me ciego en la idea de infligirle el mismo daño que me está causando ella a mí. No queda rastro de las caricias y las muestras de amor de días atrás.

Grita tirándome del pelo, y odio que solo tengamos esta manera de realmente sacar nuestras emociones a relucir. Y odio en lo que nos acabamos de convertir. Empiezo a dudar, mientras la penetro entre gruñidos por mi parte y gritos por la suya, de que podamos llegar a sobrevivir como pareja.

15 zoe



Llego al orgasmo de manera fulminante en el momento en el que clava los dientes en mi hombro, ahogando un gruñido.

Mi pecho sube y baja violentamente y me empieza a faltar el aire, no sé si a causa de lo que ha ocurrido o por otro motivo completamente diferente. Solo sé que necesito respirar y que salga de mi interior para que me pueda mover.

Odio haber llegado a esto, pero algo me ha llevado a lanzarme contra él y casi obligarlo a que me follara, lapidando lo que él pretendía hacer. Y me siento fatal. Sin embargo, es que no puedo dejar de pensar en lo que ocurrirá cuando lleguemos a Madrid.

Se aparta de mí con cuidado, se adecenta los pantalones y yo intento localizar los míos. Me visto mientras él se pasea nervioso en el exterior. No me atrevo ni a moverme, porque está a punto de perder la paciencia y, aunque yo haya generado todo este embrollo, no quiero que lo haga, por mucho que pueda parecer lo contrario. Y el problema es que no tengo donde esconderme. No de él, sino de mí misma.

Observo cómo se dirige al asiento del conductor y, sin pronunciar palabra, salimos del

camino chirriando rueda. Está enfadado, más que eso, me aventuraría a decir.

No hemos avanzado ni cien metros cuando vuelve a detener el motor y me mira. No podría decir qué intenta transmitir su mirada, ni para bien, ni para mal.

—¿Por qué nos estás haciendo esto, Zoe? —pregunta apoyando la frente sobre el volante.

No contesto, no porque no quiera, sino porque realmente no sé qué responder. Podría alegar mil y una razones, aunque al mismo tiempo no tenga ninguna con el peso suficiente como para defenderme.

—Crees que eres la única que está sufriendo, ¿verdad? Que yo ni sufro ni padezco cada vez que decides hacernos más daño.

Sigo sin poder articular palabra. Me bajo del coche, con muchísimas ganas de llorar, porque me acabo de dar cuenta de que lo único que hemos tenido estos días ha sido un paréntesis de todo, que solo ha sido un espejismo de lo que fuimos mucho tiempo atrás.

—¿Me sigues queriendo?

Y esa pregunta me aniquila. Ya que, si después de todo, él duda de que yo lo siga queriendo, es que algo, no sé el qué, estamos haciendo mal. Yo nunca he dudado de que me quiere, o a lo mejor sí, y ese es el gran problema, aunque tampoco lo tengo claro, ya que lo que realmente temo es que, cuando lleguemos a Madrid, los niños y yo no sigamos siendo su prioridad.

—Más que a mi vida —murmuro, escondiendo las manos en los bolsillos, no por el frío, sino porque me tiemblan tanto que no quiero que él se percate de ello.

—Pues entonces, necesito que luches a mi lado, Suspiritos. —Y la derrota que denoto en su voz me rompe el corazón un poco más—. Te prometo que merecerá la pena.

Quiero creerle, es lo que más deseo en el mundo, tener esa confianza ciega en que podemos lograrlo, y aunque me prometí a mí misma que lo iba a intentar, me estoy dando cuenta de que, en vez de coger energía, la voy perdiendo por momentos. Y es una putada demasiado grande.

—Mira… Nos quedan dos semanas. Dos semanas para desconectar de toda la mierda que nos rodea. ¿Por qué no solo nos dejamos llevar? Ya decidiremos qué hacer cuando lleguemos a Madrid.

Y la desesperación con la que pronuncia esas palabras es tan evidente que solo asiento, aun sabiendo que estamos postergando el final, como si estuviéramos agarrándonos a algo que no se sostiene por ningún lado.

¿De qué van a servirnos darnos estos días si después de todo no solucionamos nada?

Y el dolor de saber que realmente puedo perderlo hace que un miedo lacerante me parta por la mitad. No quiero perderlo, ni que me vuelva a dejar de lado, y me pregunto si realmente lo que

ocurre es que soy demasiado dependiente.

Cuando lo conocí, me daba demasiado pavor perder mi independencia y, ahora que la tengo, que puedo disfrutar de ella, no la quiero. No después de saber lo que es tocar las estrellas con una sonrisa por su parte.

A su lado he descubierto la parte bonita del amor, pero también la más dolorosa. Esa que te rompe el alma cuando le pides que llegue a tiempo a casa, que desayune con los niños o que, por lo menos, una vez al mes los lleve al colegio. Que me despierte por las noches, aunque solo sea para desearme «buenas noches». Lo rogué de tantas maneras, que llegó el día en que me rendí. Y aun así, no pongo en duda que nos quiere, pero no somos tan importantes como su carrera. Estoy bastante segura de que, unos años atrás, hubiese podido explicarle que tenía un bulto en el pecho que hizo saltar las alarmas de todo el centro médico, que estaba realmente asustada y que necesitaba que me acompañara. Solo eso. Ni palabras de aliento, ni ánimos, lo único que quería era que estuviera a mi lado y la certeza de que, si ocurría lo peor, iba a estar ahí. En cambio, nunca pude explicárselo, porque no solo no llegó a casa esa noche, sino que, además, sus horarios se alargaron hasta límites insospechados.

Así que me da mucha rabia que ponga en duda si realmente sigo sintiendo lo mismo o no. Y, aun así, soy incapaz de expresar en palabras todos esos pensamientos, que parece que hay momentos que consigo olvidar o anular, y en otros, regresan y me hacen comportar de la manera más irracional. Y ya no sé qué hacer.

Después de calmarnos los dos lo suficiente como para poder terminar de afrontar el día, volvemos a ponernos en marcha. El silencio es lo único que nos acompaña y creo que ninguno de los dos se atreve a respirar.

—¿Sigue apeteciéndote el que vayamos a ver las auroras?

«No», pienso.

—Claro —contesto, en cambio.

—No tenemos que ir si no quieres.

—No es eso… —Desvía un segundo la mirada de la carretera y alza una ceja animándome a continuar—. ¿Crees que va a ayudarnos el revivir aquella noche?

—Zoe… —No paso por alto que he dejado de ser «Suspiritos» y he pasado a ser «Zoe» de nuevo—. No estoy intentando cambiar lo que pasó aquella noche, porque por más que quiera, no puedo. Así que no es esa mi intención.

Y no sé por qué esa respuesta me relaja lo suficiente como acomodarme en el asiento.

—Siento lo de antes…

Da un suspiro de puro cansancio y golpea el volante con los dedos repetidamente. Creo que es la primera vez que está pensando qué decir en lugar de soltarlo a bocajarro.

—Sé que lo sientes, pero tienes que dejar de castigarme, Zoe, porque no solo me lo estás haciendo a mí, tengo la sensación de que a quien quieres castigar es a ti misma.

¿Eso es lo que estoy haciendo? Yo no lo veo así, ni siquiera estoy segura de querer escarmentarlo a él, aunque pueda parecer lo contrario. Es que me siento perdida y a la deriva.

16 zoe



—Estás muy callada —dice, posicionándose a mi espalda.

Acabamos de llegar del restaurante, y ¿de qué hemos hablado? De nada. Ha sido la cena más triste a la que me he enfrentado en mucho tiempo. Parecía que estaba con un completo extraño en vez de con la persona con la que supuestamente comparto mi vida. O es lo que dice el anillo que llevo en el dedo. Y eso lo hace todo más complicado.

Doy vueltas a la alianza que me puse en una noche de locura en Las Vegas y pienso qué sentiría si me la quitara, o más bien, si algún día voy a ser capaz de hacerlo. No creo que pueda acostumbrarme a no verla brillar en mi dedo.

—Zoe, ¿qué te pasa?

—Nada.

Y ese es el gran problema, que no debería pasarme nada y, sin embargo, me ocurre de todo.

No ha sucedido algo importante, sin tener en cuenta el momento que estamos atravesando. Pero, aparte de eso, desde que me lancé contra él en el coche, los días han ido pasando entre charlas insignificantes y poco más.

En cambio, las noches han sido, por decirlo de alguna manera, esclarecedoras. Sí, todas y cada una de ellas, nos hemos acostado juntos, pero me falta algo, que no es otra cosa que la conexión y esa pasión arrolladora que nos unía. Todo ha desaparecido.

Durante los últimos días, me he dado cuenta de una cosa, y es que, cuando forcé el encuentro la noche de mi cumpleaños o en el coche, era porque buscaba eso. Sentir que me deseaba con la misma fuerza con la que lo hacía años atrás. Él dijo que sí, pero no es verdad. No cuando se ha pasado la maldita cena mirando a la mesa de al lado con una sonrisa en la boca, mientras yo era incapaz de levantar la vista de mi ensalada.

—Zoe, habla conmigo —pide.

Y es ese tono lastimero lo que termina de espolearme a buscar algún tipo de reacción por su parte.

—¿De qué? Venga, dime, ¿de qué quieres hablar? —contesto, entre enfadada y dolida. No tengo muy claro cuál es el sentimiento que predomina.

—¿Qué te pasa? —responde con frustración.

—¡No lo sé! No sé qué es lo que me ocurre, y ahora déjame en paz. —Intento pasar por su lado para esconderme en el lavabo. Odio tener que hacerlo, pero es que estoy entre pegarle un bofetón o tirarme a sus brazos.

—No te vas a esconder.

Odio que sea tan grande y yo tan pequeña. Da un paso en mi dirección y yo automáticamente lo doy hacía atrás hasta que mi espalda choca con el ventanal. Él aprovecha para apoyar los antebrazos a cada lado de mi rostro. Y es automático, se me acelera la respiración.

¿Por qué me sigue pasando esto? ¿Por qué a él no? ¿Por qué ya no me desea como antes? Sé que la relación no puede ser igual, el ritmo de vida que llevamos es tan frenético que por eso estamos como estamos, pero…

Se me llenan los ojos de lágrimas esperando una reacción de su cuerpo, algo, lo que sea que me diga que sigue sintiendo lo mismo. Y cuando creo que va a besarme y despejar todas mis dudas, en el mismo instante en el que puedo sentir su respiración sobre mis labios, se separa y mis esperanzas vuelven a caer. Me muerdo el carrillo con saña para que me duela más que el orgullo.

Paso por su lado y esta vez no impide que lo haga. Me encierro en el baño y me agarro al lavamanos. Me gustaría mirarme al espejo y ver el reflejo de lo que un día fui. La imagen que me devuelve es la de alguien que no sabe en qué momento ha perdido el rumbo de su vida. Las

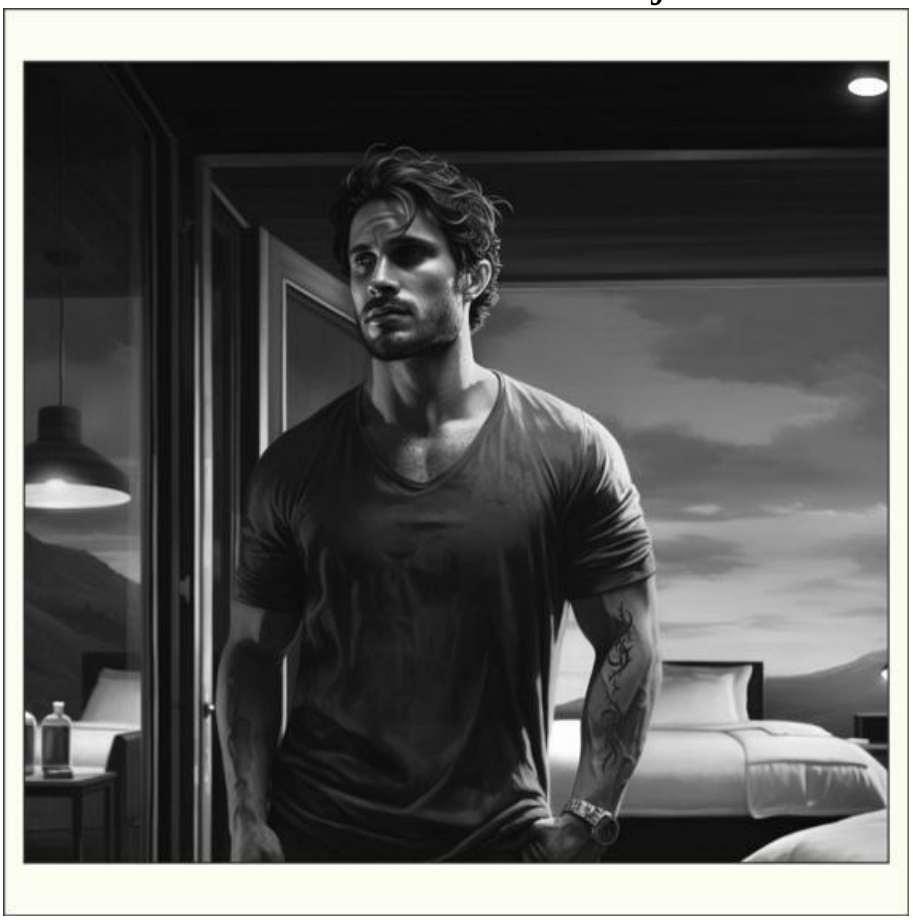
ojeras son lo que más llaman mi atención. Son tan pronunciadas que han conseguido opacar todo rastro de brillo en mis ojos. No queda nada de mí ni de lo que un día fui, y por eso me pregunto si ese es el motivo por el cual no ha tirado la puerta abajo y…

«Eres patética, Zoe», me reprocho mentalmente mientras no dejo de rememorar la manera en la que sonreía hacia esa pareja que se comía con los ojos, sin importarles lo más mínimo si mi marido apartaba la mirada o no.

Algo se remueve en mi interior al saber que estamos cerca de volver a casa y lo muchísimo que va a cambiar mi vida. Así que decido que, por lo menos, voy a llevarme las respuestas a todas mis dudas y miedos, que no han hecho más que intensificarse a lo largo de estos días.

Mi seguridad muere en el momento en que salgo y lo veo de espaldas a mí. Se gira y conecta nuestros ojos. No sé qué verá en los míos, pero yo lo único que veo en los suyos es la certeza de que hemos llegado al final.

17 joel



Veo como se encierra en el baño y el nudo que me aprieta el estómago desde hace días se comprime un poco más. Porque acabo de darme cuenta de que ya no queda nada por lo que luchar.

No sé qué cojones ha pasado desde que hemos salido por la puerta para ir al restaurante y que su actitud se haya vuelto tan distante y fría al regresar. Y lo peor de todo es que yo me he pasado la puta cena imaginando todo lo que le haría en cuanto llegáramos a la habitación.

Llevamos días así, desde el episodio del coche. He intentado ser optimista y pensar que, aunque despacio, hemos ido avanzando, y ni la cara de Hugo a través de la pantalla, dejándome claro que no, que nada ha cambiado, ha conseguido que ceje en mi empeño. Pero, si mi hijo de diez años es capaz de verlo, ¿cómo no voy a hacerlo yo?

Creo que, a nuestro modo, hemos estado despidiéndonos a base de besos, caricias y orgasmos. Y lo que más me jode es que me he reprimido para nada, que lo único que he intentado ha sido ser todo lo que necesita, o lo que yo considero que precisa de mí. Porque lo está pasando mal, y porque… soy gilipollas y no he querido ver antes que somos la crónica de una muerte anunciada. Y esa certeza es como una bofetada con la mano abierta.

No puedo más, ella se piensa que es la única que lo está pasando mal, y sé, porque la conozco, que no voy a poder convencerla de lo contrario, que por más que le pida que luche por nuestra relación, no va a hacerlo. Se ha rendido y ha conseguido que lo haga yo también.

Me doy la vuelta cuando detecto que ha salido del baño y hago que nuestros ojos conecten, y… necesito respirar, porque ahora mismo siento que me ahogo. Y noto cómo las lágrimas se me acumulan en los ojos. Lo que no consiguieron Luis y mi hermana, lo ha conseguido ella, que es terminar de romperme.

La realidad es que ahora mismo no quiero tenerla cerca. Quiero gritar y terminar con todo. Quiero decirle que ahora mismo la detesto, que no quiero volver a verla. Y lo que más me duele es haber fallado de nuevo a mis hijos. Porque, al fin y al cabo, son los que van a sufrir las consecuencias de toda esta mierda.

—Se ha acabado, ¿verdad? —pregunta.

—Sí —respondo con la única palabra que jamás pensé pronunciar.

—Ya.

Me doy la vuelta, cabreado como nunca, porque ya me importa una mierda todo. Acabo de perder lo más importante de mi vida, así que, sinceramente, lo que tenga que venir me importa una puta mierda. Y me dejo llevar por la rabia, aunque tenga el corazón destrozado.

—¿Y ya está? ¿Eso es lo único que vas a decir?

—No sé qué quieres que te diga, Joel.

Odio que se esté comportando así, a mí me acaban de partir el alma por la mitad y ella solo es capaz de contestar un simple «ya» o un «no sé qué quieres que te diga». Hemos estado jugando a un juego que no termino de entender. Y lo peor es que yo lo he permitido. Pensando que queriéndonos como lo hacemos sería suficiente.

—Algo, Zoe, lo que sea. —Y el nudo se hace más grande—. Lo que sea que me diga que esto te está doliendo de la misma manera que a mí, que sientes que vas a morirte porque se ha acabado, como lo estoy haciendo yo ahora mismo. O que me odias, eso también me serviría. —Nada, no hay ni un simple gesto que me diga que esto le importa. Simplemente, no hay nada—. Eres una puta egoísta. —Y ni siquiera sé por qué digo eso.

—¿Qué soy una egoísta? —Y por fin una reacción por su parte.

El problema es que llega demasiado tarde.

—Ni te importo yo, ni te importan los niños.

—No metas a mis hijos en esto —escupe con rabia, dando un paso amenazante en mi dirección.

—Te recuerdo que también son los míos. Y no he sido yo, los has metido tú, desde el mismo momento en el que tuvieron los huevos que a ti te han faltado, para salvar a su familia. Ellos son todo lo que tú no eres, Zoe. Ellos luchan por lo que quieren. —Intento tranquilizarme respirando, porque siento que el corazón se me va a escapar por la boca—. Que ya es más de lo que puedes decir tú.

—¡Qué no los metas en esto! —grita—. ¿Dónde estabas cuando tenían fiebre? ¿Cuándo Silvia dejó la casa llena de notas porque era la final del campeonato? Ni siquiera apareciste. Y de Hugo ya ni hablemos, ni siquiera sabes lo que le gusta. ¿Dónde estabas cuando me preguntaban el motivo por el que no venías a cenar con ellos? Es a mí a quien le preguntaban si ya no los querías y por eso no aparecías por casa. Es a mí a quien le pedían que te llamara. ¿Cuántos mensajes has dejado sin responder?

—¡Estaba trabajando, joder! —termino por gritar yo también.

—Yo también trabajo y no los he dejado de lado. Ni un puto día, Joel. Te pedí mil veces que regresaras temprano, que pasaras más tiempo con ellos. Solo te pedí eso. Así que ni se te ocurra acusarme de ser yo la que se ha rendido, ahora que te ha dado por volver. Porque ¿qué pasara cuando regresemos a Madrid? Cuando tengas que volver a trabajar, dime, ¿qué va a pasar?

—¡Acepté ese puesto por ti, cuando yo ni siquiera lo quería! Fuiste tú la que me empujaste a hacerlo. ¡Maldita sea, Zoe! Me presté a ello porque confiaba en ti. Y aunque sabía que íbamos a joderlo todo… Aun sabiéndolo… —Intento recobrar la respiración antes de llegar a decir algo que termine por destruirnos a los dos. Ni siquiera sé cómo lo consigo, porque estoy a muy poco de perder el control— ¿Y sabes de lo que más me alegro? De haberlo dejado sin contar contigo, porque era eso o terminar de consumirme por algo que nunca quise y que detesté en el mismo momento. Y que tú celebraras mi ascenso, supuso mi caída a los infiernos.

La sorpresa se refleja en su cara, pero es que estoy tan desatado que realmente me importa una mierda que esté llorando, porque, a pesar de que tiene razón, no la tiene completamente, y solo está hablando desde su punto de vista, porque el mío hace mucho que dejó de interesar.

—¿Y ahora vienes con que yo os abandoné? Me pasaba la semana deseando que llegara el puto domingo, para por lo menos, poder comer con vosotros. Soy tan gilipollas que esas tres horas eran las que me dejaban respirar de la mierda de vida que llevaba. Y me los quitaste, lo único que tenía también me lo arrebataste, haciendo planes sin mí, sin preguntarme si podía acompañaros. Empezaste a no esperarme despierta, a olvidarme. ¡Me echaste de vuestra vida!

—¿Estás culpándome a mí? —grita, apartándose las lágrimas a manotazos—. ¿Por qué no hablaste conmigo? ¡Nunca lo dijiste!

—No lo hice por el mismo motivo por el que tú no me has dicho lo que ha ocurrido en tu vida en los últimos meses. —Se sobresalta dando un respingo y me alegra tener algo más que echarle en cara—. ¿Qué? ¿Pensabas que no lo sabía? Fueron tus hijos, esos a quien no quieres que meta, los que tuvieron la valentía para pedir ayuda. Porque, a pesar de todo, a ellos sí les quedaba la esperanza suficiente para hablar conmigo.

Está llorando de la misma manera en la que lo estoy haciendo yo. Y sé que ahora sí hemos llegado al final. Y duele como no me ha dolido nada en mi vida, ya que nada es comparable a lo que estoy experimentando en esta puta habitación.

Necesito salir, respirar y dejar de mirarla y sentirme tan decepcionado y asqueado.

—Vete —pronuncia, con las pocas fuerzas que le quedan—. ¡Que te vayas! —grita con desesperación.

—Vendré a por mis cosas, o quémalas, me da igual —digo, con la única idea de perderla de vista mientras agarro el pomo de la puerta—. ¿Sabes la diferencia entre tú y yo, Zoe? Que por muchas veces que estuviéramos al borde del abismo, yo siempre saltaría por ti.

Y cierro la puerta, sabiendo que dejo atrás al jodido amor de mi vida.

18 zoe



Salgo de la habitación, no por ganas, porque yo me quedaría enclaustrada en ella para el resto de mi vida, pero me obligo a hacerlo y comer algo. Y todo porque no quiero tener que conectar el teléfono del hotel, el cual he desconectado debido a que las llamadas desde España no se han hecho esperar. Y como el móvil tampoco lo tengo operativo, ya que lo enciendo intermitentemente para saber que los niños están bien, no se les ha ocurrido otra cosa que machacarme de esa manera. Aunque sepa que no es esa la intención. Tampoco entiendo por qué Joel no ha esperado a que lleguemos a Madrid para dar la noticia.

No puedo dejar de rememorar los reproches, lo que teníamos acumulado. Por las dos partes, y eso es lo peor, que, después de todo, no ha sido culpa suya, por lo menos no completamente. Más bien un 50/50. Y es muy complicado darse cuenta de que quizás no he gestionado las cosas de la mejor manera. Que, quizás, esto podríamos haberlo solucionado hablando mucho antes. El problema es que no confiamos el uno en el otro, y si no tenemos lo más importante, ¿qué nos queda?

¿En qué momento se rompió la comunicación? No lo sé, pero me he dado cuenta de que no viene de ahora, no desde que me senté en esa silla de hospital sintiéndome sola, abandonada y asustada. Es anterior a todo eso, y no encuentro un punto de inicio. No sé cuándo empezamos a

perdernos. Porque, para bien o para mal, él no era conocedor de lo que estaba ocurriendo, al igual que yo no tenía una mínima idea de lo que le atormentaba a él. Y, a pesar de que me he pasado las últimas semanas despidiéndome, no estoy preparada para decir adiós. Y no creo que lo esté nunca. Porque, a pesar de todo, sigo queriéndolo y estoy completamente enamorada de él, por mucho que pueda parecer lo contrario, ya que fui incapaz de reaccionar cuando vi lo destrozado que estaba él también con toda esta situación.

Camino por los pasillos del hotel, temerosa de encontrármelo. Sé que sigue aquí, nuestros vuelos no salen hasta dentro de tres días. Y si algo tiene, es que no es tan cobarde como yo. Él no se va a marchar por el simple hecho de que tengamos que subirnos al mismo avión, por muy pocas ganas que tenga de verme.

Llego al restaurante con el estómago revuelto y solo de pensar ingerir algo sólido, siento ganas de vomitar.

Levanto la vista, buscando un hueco libre donde sentarme, y entonces todo mi mundo vuelve a detenerse. Está de espaldas a mí, tiene los codos apoyados en la barra del bar y se aguanta la cabeza con las manos. A su lado descansan tres botellines de cerveza. Mis ganas de vomitar se incrementan. Sé que debería marcharme, pero soy incapaz de moverme, no estoy preparada para verlo. No quiero tener que ver esa mirada que tanto adoro. Ahora mismo aceptaría que me hicieran una lobotomía, y así olvidar que alguna vez lo conocí. Y sobre todo dejar de quererlo de la manera en que lo hago.

Se incorpora y, sin que me dé tiempo a reaccionar, se gira haciendo que nuestros ojos conecten.

¡Dios, quiero morirme! Ahora mismo solo quiero desaparecer.

Rompo el contacto visual, me giro y vuelvo a desandar lo andado a la carrera, y de esa manera llegar lo antes posible a la habitación.

Vacío el contenido de mi estómago en el inodoro mientras las lágrimas me nublan la vista y las arcadas consiguen doblarme por la mitad. No me he sentido tan mal en mi vida, y solo quiero que pare y que deje de doler. Sobre todo, que deje de doler. No quiero sentir este agujero en el pecho, no quiero sentir que todo ha dejado de tener sentido. ¡No quiero sentir nada!

—Ya está, Zoe. —No quiero preguntar qué hace aquí, además de que tampoco puedo pronunciar palabra.

Apoya la mano en mi frente mientras me sujeta por la cintura, y ese contacto me quema, porque no sé si me lo merezco. A lo mejor es que nunca me he merecido a alguien como él a mi lado y por eso hemos llegado a este punto. O a lo mejor…

Vuelvo a vomitar mientras se encarga de limpiar mis lágrimas. Quiero decirle que no me toque, que me hace daño. Que, si ya hemos llegado al final, no tiene derecho a estar aquí. Y lloro de nuevo al sentirme así.

Ahora mismo, lo quiero y lo odio con la misma intensidad.

—Vas a estar bien. —Tiene la voz tomada y yo no quiero que llore por mí—. Te prometo que volverás a estar bien, Suspiritos.

«¿Cómo?» quiero preguntarle, pero no me atrevo a escuchar su respuesta.

Me dejo caer de rodillas cuando las piernas dejan de sostenerme. Creo que he llegado a mi límite. Y que he tocado fondo.

Me arrastra hacia su regazo, cuando yo ni siquiera consigo moverme, y lo único que murmura es un «volverás a estar bien», una y otra vez, como si fuera un mantra y quisiera que mi cerebro recuerde esas palabras cuando él ya no esté.

Me escondo en él, porque no puedo hacer otra cosa. Porque me he dado cuenta de que sigue siendo mi refugio. Aunque tampoco me pueda permitir decírselo y sea demasiado tarde. Y lloro todo lo que me daba miedo a llorar en su momento. Y él no deja de arroparme y de pronunciar esas palabras que solo consiguen alimentar todo lo malo que estoy sintiendo ahora.

◆◆◆

Creo que me dormí de puro agotamiento porque, cuando vuelvo a abrir los ojos, Joel no está por ningún lado y yo estoy en la cama tapada hasta la barbilla. Me arrebujo entre las sábanas y enciendo el teléfono durante unos minutos para ver si llega algún mensaje de emergencia desde España. Me relajo cuando no veo nada en referencia a mis pequeños, y eso solo significa que están bien y son ajenos al desastre en el que se ha convertido su madre.

Los demás sí parece que tengan mucho que decir, ya que mi terminal se llena de notificaciones que solo quiero borrar. Y cuando estoy a punto de hacerlo, entra una que consigue que un pánico desconocido se apodere de mí.

Joel: Levántate por ellos.
Te prometo que merecerá la pena.

Vuelvo a llorar cuando veo la imagen que acompaña a ese pequeño texto. Salimos los tres, Hugo está en mis hombros con los brazos levantados, y Silvia está en la misma postura solo que sentada en el suelo. Pero lo que me llama la atención, no es que parezcamos felices, lo que desentona en esa foto es que no puedo pasar por alto que es su fondo de pantalla y es de las pocas imágenes en las que él no sale. Y sé que, a pesar de todo, no lo ha hecho con el ánimo de meter el dedo en la llaga.

Pero ¿así van a ser a partir de ahora nuestros recuerdos?

No sé por qué no vuelvo a ser capaz de desconectar el teléfono de nuevo, y me paso el resto del día mirando viejas fotografías. En algunas río, en otras, lloro. Las horas pasan y, cuando es lo suficientemente tarde como para que mi móvil se quede sin batería, recuerdo la frase que me dedicó días atrás: «Por muchas veces que estuviéramos al borde del abismo, yo siempre saltaría por ti», y no puedo evitar preguntarme si yo estaría dispuesta a saltar por él.

«Mierda», pienso al levantarme de la cama sabiendo lo que tengo que hacer.

19 zoe



Seis meses después.

Escucho a mis hijos reír y ese sonido se ha convertido en mi favorito, siempre lo ha sido, aunque ahora lo es mucho más, porque desde hace unos meses es real. Vuelven a estar bien.

Yo vuelvo a estar bien.

—Hola, Suspiritos. —Me giro y sonrío haciéndole sitio para que se siente junto a mí, los pocos minutos que Hugo y Silvia le permitan, ya que estoy bastante segura de que en…

—¡Papá! —Pongo los ojos en blanco ante el alarido de mi hija.

Y de verdad, tendríais que verla vestida con una falda tutú de color rosa, unos calcetines con estampado de calaveras y una camiseta de los Ramones, que le regaló su padre por su cumpleaños, y los brazos en jarras. Cada vez que la miro, sé que tengo que aprender mucho de ella. Porque, a pesar de lo pequeña que es, tiene una personalidad muy marcada, además de que

es capaz de enfrentarse a cualquiera que ponga en peligro todo lo que ella ama. Y yo cada vez que la veo no puedo más que enorgullecerme de que le importe bien poco lo que le digan los demás. Es una versión en miniatura de su padre y mía, ha sacado lo peor de cada uno. Y estoy convencida de que, el día de mañana, Silvia no va a necesitar que nadie cuente su historia. Ella la contará por sí misma.

—Tiene miedo de decepcionarte —digo acercándome un poquito más a él—. Por eso no te ha enseñado lo que es capaz de hacer con la guitarra. Piensa que, si te lo muestra, no habrá nada que le una a ti, como sí ocurre con Silvia. Y por más que intento explicarle que tú te vas a sentir orgulloso, haga lo que haga, no lo entiende. No entiende que su hermana juega al fútbol porque realmente es algo que ha decidido ella y no has impuesto tú.

—A mí no me gusta el fútbol, Suspiritos.

—Eso lo sé yo, pero no él.

Se levanta de un salto dándome un beso en la sien y se acerca a Hugo.

Los observo sin dejar de pensar en que Hugo, es todo lo contrario a su hermana, y me da realmente miedo lo que se parece a mí. No en el carácter. Sino en lo reservado que es, en la manera en la que le cuesta dejar entrar a alguien en su círculo de confianza. No le gusta ser el centro de atención, a pesar de que estoy completamente convencida de que, el día de mañana, mi hijo llenará estadios y todo el mundo conocerá su nombre. Y entonces llegará alguien que quiera contar su historia.

Sonrío con la sensación de que la última pieza del puzle que nos faltaba ha encajado en su lugar, cuando Hugo se lanza a los brazos de su padre y esconde la cabeza en su pecho de la misma manera en la que suelo hacerlo yo.

Se separa y se adentra en casa, y cuando sale con la guitarra colgada de su hombro, le guiño un ojo a mi marido. No sé qué le ha dicho, pero sí que ha sido lo suficientemente importante como para que nuestro hijo haya necesitado unos pocos segundos para derribar esa barrera con él.

—¿Cantas conmigo? —pregunta, nervioso.

Lo animo a sentarse en el césped. Silvia sale disparada y se sienta entre su hermano y la guitarra. Y yo… yo quiero morirme de amor y mucho orgullo, para qué mentir.

Los acordes empiezan a sonar en el mismo momento en el que Joel se sienta a mi espalda y me rodea la cintura escondiendo la cabeza en la base de mi cuello. Y sé lo que está sintiendo, ya que yo sentí lo mismo cuando me di cuenta de lo que Hugo era capaz con ese instrumento musical.

Empiezo a cantar, *All I know so far, de Pink.*

Y tenemos suerte de que cuando yo entono la última nota suene el timbre de la puerta, porque me hubiese fastidiado que nos hubieran estropeado este momento.

Es Silvia la que se levanta y da la bienvenida a toda nuestra familia, y estoy contenta porque, después de mucho tiempo, vamos a poder juntarnos todos de nuevo. Aunque no puedo mentir, también estoy nerviosa. Hace mucho que no hablo con ellas. Y no tengo muy claro cómo se van a tomar este reencuentro.

Joel aleja a los niños, Lucas, Lolo, Ramón e incluso Jordan, que por fin se ha venido a España, dándome el espacio que necesito para arreglar la situación con mis amigas.

—Hola —dice Julia, sentándose a mi lado.

—Hola —saludo cuando Silvia y Candela lo hacen también.

Estamos las cuatro sentadas en el porche trasero de mi casa. Nos mantenemos en silencio, mientras vemos a los niños correr y a nuestros chicos reírse con ellos.

—¿Cómo estáis? —pregunta Candela sin levantar la vista de la estampa que tenemos justo enfrente.

—Bien, creo que estamos bien. —Y sonrío cuando Joel me guiña un ojo, haciendo que mi corazón dé un vuelco y tamborilee emocionado—. Chicas, yo…

—Me alegra que estés de vuelta —dice Silvia, alargando la mano y entrelazando nuestros dedos.

Julia apoya la cabeza en mi hombro y Candela me mira con una sonrisa que le parte la cara en dos. Y es lo único que necesito escuchar para saber que estamos bien, que no me guardan rencor y que solo estaban dándome el espacio que necesitaba.

A mí también me alegra, aunque, para llegar hasta aquí, puedo decir que no ha sido un camino de rosas. Todo lo contrario, ha sido descender a lo más profundo del infierno, tocar fondo y saber que ya no puedes caer más y que no te queda otra opción que levantarte. Cuando estás tan bajo como yo caí, no hay nadie que pueda ayudarte a subir. O subes por ti mismo o no subes.

¡Y cómo cuesta la subida! Aunque yo tengo que reconocer que, a mitad de camino, volví a encontrarme con él, que fue quien terminó de darme el último empujón para llegar a la cima.

Después de que volviéramos de Nueva Zelanda, sugirió que, quizás, necesitáramos ayuda profesional. Sobre todo, si realmente queríamos tener una oportunidad. Al principio, me mostré reacia, porque si no éramos capaces de hacerlo por nosotros mismos, ¿cómo un completo extraño iba a lograrlo? Pero, como me ha demostrado la vida a lo largo de los años, no podía equivocarme más.

Los meses posteriores a nuestra llegada fueron durísimos, de querer tirar la toalla de nuevo. Donde los reproches fueron el pan de cada día, donde nuestra cama se convirtió en territorio enemigo. Perdí la cuenta de las noches que pasé en el sofá, o viceversa. Sin embargo, ninguno de los dos nos dimos por vencidos. Luchamos sabiendo que, si lo lográbamos, lo que fuera que estuviera por venir iba a ser mejor. Y así ha sido, de repente, un día, los reproches bajaron de

intensidad, las guerras nocturnas pasaron a ser conversaciones hasta altas horas de la madrugada y nuestra cama volvió a ser nuestro lugar de reencuentro.

Así que puedo decir que lo hemos conseguido. Aunque seguimos trabajando en ello. Los dos somos conscientes de que tenemos que continuar peleando para no llegar al mismo punto en el que estuvimos meses atrás.

Y yo que pensaba que no podía enamorarme más de él.

—Por cierto —dice Silvia, con asombro en la voz—. ¿Sabías que mi hermano tiene un club de fans en Instagram?

Me reiría si no fuera porque soy plenamente consciente de eso. De hecho, lo abrieron a los pocos meses de recibir ese ascenso que casi consigue acabar con nosotros. Aunque no deja de hacerme gracia que le hayan creado un *hashtag*: *#teamjoel*.

—Sí, sí que lo sabía.

—¿Celosa? —pregunta Julia a lo que no me queda más remedio que reírme.

—¿De la pelirroja homicida y la rubia psicópata? No. Son escritoras y creo que han encontrado en Joel a su próximo muso.

—¿Por qué tienen fotos de mi hermano durmiendo?

—¿Quién os creéis que se las suministra? —Qué queréis que os diga, si no puedes con el enemigo, únete a él.

Me paso el día haciéndole fotos y es una gozada corretear detrás de él, cosa que parece no molestarle en lo más mínimo, ya que mientras yo saco la cámara, él saca a relucir su imaginación para reavivar nuestra actividad sexual.

—¿Soy la única que no entiende nada? —Suelto una carcajada ante la pregunta de Candela —. ¿Y por qué, si te caen bien, te diriges a ellas de esa manera?

—La primera quiere matar al protagonista de su novela, cosa que me parece una atrocidad. Y la segunda, solo piensa en batallas, hachas y seres sobrenaturales.

—A mí el género sobrenatural me encanta. ¿Y quién dices que es? —pregunta Julia sacando su móvil del bolsillo.

—Aquí pone que la pelirroja homicida escribe thrillers románticos, además de *romcoms*.

—Eh, Suspiritos. —Y dejo de escucharlas en cuanto Joel me llama.

—En la página del club de fans tenéis sus perfiles. Creo que sus libros os pueden gustar, a mí me encantan, aunque nunca vaya a decírselo. Hay una tercera, que parece la más cuerda de las tres. Las Supernenas las llaman, o eso creo. —Me levanto de un salto para acercarme a Joel, ya que su sonrisa tira de mí—. Ahora vengo.

—Mi tío me ha ofrecido dirigir la revista —suelta a bocajarro, nervioso.

Y sé que es debido a que realmente quiere hacerlo, que no es como aquella vez, que esta, sí es algo que le apetece de verdad.

—¿Quieres hacerlo? —pregunto para asegurarme, y no animarle a algo que luego pueda provocar que se arrepienta. Asiente, emocionado—. ¿Entonces voy a poder decir que me acuesto con el jefe?

—No, Suspiritos, yo voy a poder decir que me acuesto con la jefa.

—¿A qué te refieres? —Mi corazón se acelera al entender sus palabras. Porque, joder… Sí.

—Que quiero que lo hagamos juntos. ¿Qué me dices? ¿Compartimos despacho de nuevo?

Salto sobre él, importándome muy poco las quejas de los que nos rodean. Porque sé que, en el fondo, se alegran y maldita sea, porque estoy contenta. No por lo de acostarme con el jefe, aunque también, para qué mentir.

¡Chúpate esa, pelirroja asesina!

—Acepto. Pero a Nueva Zelanda no vuelvo, por si te da por tirarme de nuevo por un puente.

—Estoy bastante seguro de que la última vez te tiraste tú sola.

—Nadie va a creerte, así que…

—¿No lo has contado?

—Puede que lo haya pasado por alto.

—¡Joder, Suspiritos! Te has saltado la parte más importante.

Y te preguntarás a qué se refiere, pues ya llegados a este punto, te lo explico, aunque no veo yo la necesidad a hacerlo.



Por muchas veces que estuviéramos al borde del abismo, yo siempre saltaría por ti.

20 zoe

Me sequé las manos en las perneras del pantalón, me sudaban muchísimo, quizás porque estaba ante el desafío más grande de mi vida. No sabía si iba a ser capaz de llevarlo a cabo, aunque la parte más difícil ya estaba hecha, que era llegar hasta allí por mi propio pie.

Le había mandado un mensaje esa misma mañana y no sabía si se iba a presentar. Y entre los nervios por lo que pretendía hacer y la incertidumbre de ver si llegaba o no, estaba bastante estresada.

Nunca pensé que volvería a pisar ese sitio, y mucho menos, por mí misma.

Me giré cuando escuché un sonido de pisadas a mi espalda.

Tenía las manos escondidas en los bolsillos. Y se me aceleró la respiración cuando se detuvo a escasos metros de mí, mirando a su alrededor. Conseguí contenerme para no alargar la mano e intentar arreglar su cabello. Lo tenía revuelto, cosa que no era extraña en él, pero tenía la sensación de que en ese momento lo lucía más desordenado que nunca. Quizás de las veces que se habría pasado las manos por él.

—Hola —murmuré.

—Hola.

Intenté infundirme valor para empezar a hablar y casi lo tenía conseguido cuando su voz me interrumpió:

—¿Qué hacemos aquí?

Me dirigí al chico que coordinaba la actividad y dejé que me pusiera el arnés y las sujeciones. Joel no dejaba de mirarme fijamente. Y yo me veía incapaz de romper el contacto visual, porque, si lo hacía, me desmayaría. El corazón se me había disparado y estaba realmente aterrada. Cerré los ojos con fuerza cuando el chico se alejó dando varios pasos atrás.

Joel se precipitó hacia mí haciendo una barrera para que mi vista no se dirigiera al acantilado.

—Hay algo que nunca te he contado —me obligué a decir—. Aquí fue donde me di cuenta de que estaba enamorada de ti. Aquí, cuando me sonreíste de esa manera, supe que, pasara lo que pasara, habías marcado un antes y un después en mi vida. Que daba igual quién viniera o quién no, que esa sonrisa había aniquilado las posibilidades de cualquier persona que quisiera acercarse a mí. Tenían la batalla perdida antes de empezar la guerra. Y cuando me besaste me hiciste volar a las estrellas, Joel. Se habían acabado los besos sin sentido, porque no habría otros labios que yo quisiera besar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, y me hubiese gustado poder limpiárselas, como tantas

veces había hecho él con las mías.

—Ese día me sentí valiente como nunca, y no porque estuviera a punto de tirarme por un puente, fue porque estabas conmigo. Porque, con solo estar cerca, consigues que crea que puedo con todo. Y puede que en los últimos meses lo haya olvidado, y lo siento. Lo siento mucho. Lamento no haberte dicho que te quiero, que te he echado de menos y que realmente lo que me pasaba era que no me hacía a la idea de vivir sin ti. No quiero vivir sin ti.

—Zoe…

—Echo de menos que te cruces de brazos para sacarme de mis casillas. Que me despiertes porque necesitas perderte en mí. Te he añorado tanto que llegué a convencerme de que no podía dejarte regresar y que volvieras a hacerme daño.

—Yo también tengo que pedir perdón. Creo que, a mi manera, nos he castigado por verme en una situación que detestaba. Siento no habértelo dicho, odio pensar que no tenemos salvación. Eres mi vida Zoe, desde el mismo instante en el que me miraste por primera vez.

Me moría por abrazarme a él, por volver a sentirme protegida y ser capaz de tener la certeza de que podíamos conseguirlo. Aunque el camino pudiese resultar complicado.

—No puedo prometerte que vaya a ser fácil, porque estamos demasiado hechos polvo. Pero sí que lo voy a intentar.

—No necesito que sea fácil. Lo fácil no merece la pena. Necesito que sea real. Que tú y yo seamos reales. Y no necesitas hacer esto, Suspiritos —dijo señalando a nuestro alrededor.

Sonreí débilmente al escuchar ese apelativo.

—Dijiste que, por mucho que estuviéramos al borde del abismo, siempre saltarías por mí. ¿Sigues pensando lo mismo? —Asintió dando un paso en mi dirección—. No quiero que saltes por mí. —Frunció el ceño, confundido—. Quiero que saltes conmigo. Que lo hagamos juntos.

—Estaría dispuesto a saltar cada día de mi jodida vida por ti o contigo, Zoe.

Le hice una señal a ese chico que ayudó a Joel a ponerse las protecciones, mientras yo me moría de los nervios y de miedo, para que negarlo.

—¿Estás segura?

«No», gritó mi subconsciente, pero me mantuve firme en mi posición y asentí. Los miedos estaban para vencerlos, y no se me ocurría una manera mejor que hacerlo con él.

—Lista.

¡De verdad que era para descuartizarme! Con lo sencillo que hubiese sido llevarlo al spa del hotel y declararme a los pies de la piscina y no a los de un acantilado.

—Mírame —susurró, agarrándome de las caderas.

Centré mi vista en esos ojos negros que seguían atrayéndome como el primer día.

—Esta vez tú mandas —murmuró cerca de mis labios—. Tú nos guías.

Pues íbamos apañados si tenía que ser yo la valiente de los dos, que yo sería muchas cosas, pero… Y entonces, una imagen de mis hijos llegó a mi mente. La de ellos peleando por nuestra familia, aun cuando las maneras fueran, cuanto menos, cuestionables, pero se habían arriesgado y era lo único que contaba. Y también rememoré todos los momentos por los que merecía la pena luchar. No sabía qué me iba a deparar la vida, pero supongo que de eso se trata, ¿no? De no saberlo y, aun así, arriesgarse.

Me puse de puntillas, lo agarré por la nuca y lo besé. Menos mal que nadie me urgió a que me lanzara, creo que el ambiente estaba demasiado contaminado por mis miedos, lo que me permitió tomarme mi tiempo y dejarme llevar por él, por su olor y por sus labios. Y cuando estaba segura del todo, cuando volví a sentirme capaz de poder con el mundo, y solo fui consciente del calor de su cuerpo agarrando el mío, nos empujé hasta que nuestros pies dejaron de tocar el suelo.

Y como si de una película se tratara, todos y cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos acudieron a mí, como si mi cerebro quisiera cerciorarse de que era algo que no debía volver a olvidar. Que él y yo, juntos, éramos mejores que por separado.

Grité sobre su boca, soltando una carcajada al notar el tirón seco de nuestros cuerpos cuando la cuerda no dio más de sí.

—Te quiero, Suspiritos, y juro que nunca más voy a darte motivos para que te rindas conmigo.

—Joel… —dije, y de verdad no quería romper ese momento—. Yo también te quiero, muchísimo, pero ¿podemos hablar de esto cuando estemos en tierra firme y no tenga tantas ganas de vomitar?

Su carcajada retumbó en todo el lugar y yo escondí la cabeza en su pecho hasta estar segura de que eran mis propios pies los que me mantenían en tierra firme y no una cuerda que podía partirse en el último segundo haciendo que terminara por descoyuntarme contra las piedras del fondo del río.

Nos soltaron las sujeciones y nos devolvieron a la orilla.

Elevé la vista y vi la altura desde la que nos habíamos lanzado.

«Lo harás», esas fueron sus palabras muchos años atrás, cuando mencioné que jamás me volvería a tirar por un puente.

—¡Lo he hecho! —dije, emocionada.

La sonrisa orgullosa que me dedicó terminó por matar las pocas dudas que tenía, si es que quedaba alguna.

—Te has tirado de un puente por mí, Suspiritos.

—Sí, lo he hecho. Vas a tener que esmerarte en nuestro aniversario. Esto no hay quien lo supere.

Detuvo mi marcha agarrándome de la muñeca y, haciéndome girar, me inclinó sobre mi espalda. Me besó sin dejar de sonreír, haciendo que mi corazón aleteara emocionado, y volví a sentir esa sensación de ingravidez. De querer comerme el mundo a bocados y las ganas de saltar al abismo de nuevo con tal de que me besara una y otra vez.

—Te quiero, Suspiritos, y estoy deseando saber qué nos espera en ese capítulo que aún nos queda por escribir.

—¿Vamos a por él?

—Vamos. —Me incorporó y, entrelazando nuestros dedos, nos sacó de ese entorno en el que, por segunda vez en mi vida, me volví valiente por él.

Fin.

O no…

Agradecimientos

¡No puedo creer volver a estar en este punto!

Así que no voy a andarme con rodeos y voy a intentar no dejarme a nadie en el camino. Si eso ocurre: ¡Lo siento! Eres libre de darte por aludido, porque estoy segura de que algo has aportado para hacer mi sueño realidad.

A mi marido, mi mayor fan. Gracias por animarme, por no dejar que me rinda. Por todas esas horas que cedes, sin quejarte, a mis personajes. Sin ti, tu apoyo y amor, esto no sería posible. ¡Te quiero hasta el infinito y mas allá!

A mis Supernenas, mis amigas, os puedo asegurar que, sin vuestra ayuda y amistad, este relato no existiría, mi síndrome del impostor habría ganado la partida. Gracias por esas risas, por las quedadas, que de literarias tienen ya poco, y, sobre todo, por aceptarme con mis taras mentales, de las que no ando escasa.

Charlotte T. Loy, alias la rubia psicópata: la gran consejera. Cuánto tiene el mundo que aprender de ti. Gracias por compartir conmigo todos tus conocimientos y por animarme a mejorar día a día. ¡Eres la leche!

Deborah P. Gómez, alias la pelirroja homicida: si hubiese más personas como tú, estoy segura de que el mundo sería un lugar mejor. Gracias por dejar que hiciera de tu idea algo mío y haya podido crear esta edición ilustrada. P.D.: No mates a Ethan, por favor…

Gracias por ayudarme a sacar esto adelante y en tan poco tiempo, todavía no sé cómo no me habéis borrado de la taza, eso dice mucho de vosotras.

¡Qué suerte tengo de jugar en vuestro equipo!

A mis lectoras cero:

A la_biblioteca_de_carmen, que has llegado de imprevisto y espero que sea para quedarte. Gracias por ayudar a que esta historia quede lo mejor posible. Y, sobre todo, por ese cariño a Zoe y Joel.

A mi hermana Ary, por apoyarme y quererme en la distancia, por coger tiempo que no tienes y leerme. Y por siempre, siempre, siempre darme tu opinión sincera, que es lo que me ayuda a ser mejor. Te quiero.

A mi madre, que sin saberlo es la que me inspira cada día a querer ser como ella. Por coger mis historias con tanta ilusión y presumir por el pueblo de que tu hija es escritora. Te quiero.

A mis amigas: Sandra, Kay, Pamela, Vane y Ana, gracias por seguir conmigo a través de los años. Lo siento, no pienso irme; y por leer mis historias con tantísima ilusión y acompañarme en la aventura de mi vida. Os quiero.

A las bookstagramers que me han acompañado a lo largo de este año y, ahora sí, espero no dejarme a nadie: Laurelleeyescribe, Worldsbooks__, lalokadeloslibros_84, Leyendoconestrella y bookbyirene69, gracias por acoger a Zoe y Joel con tanto cariño y traspasarlo a mí. Sois muy muy top.

A mí familia, todos y cada uno de los que formáis parte de mi vida. Os quiero muchísimo.

Y a dos personas, a las que no voy a nombrar: gracias por retarme y hacer que «salte al abismo» para buscar mi mejor versión, sin vuestro empujón, posiblemente, nunca hubiese escrito este relato. Así que, después de todo, os lo tengo que agradecer.

Y por último a ti, que, si has tenido la paciencia de llegar hasta aquí, te mereces todos los agradecimientos del mundo. Gracias por dedicar tu tiempo a leerme y por tantísimo cariño.

¡Nos vemos a la próxima!

Biografía



Mi nombre es Jessica, aunque suelen llamarme Jessy o Jess, depende del país donde me encuentre. Nacida en Barcelona, resido en Reino Unido desde hace nueve años con mi marido y una camada de zorros que han hecho de mi jardín su hogar.

Soy una apasionada de los libros y es raro el día en que no tengo uno en la mano.

A parte de escribir en el tiempo libre del que dispongo, trabajo en una fábrica de chocolate y me paso el día entre bombones, nubes de colores, huevos de pascua y figuras de navidad.

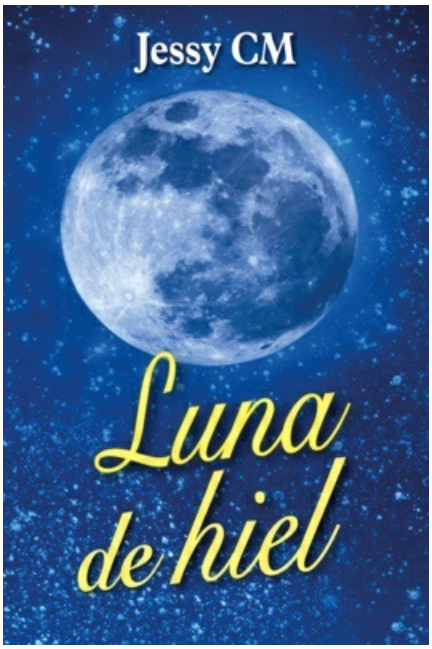
Si quieres saber un poquito más de mí, puedes seguirme en mis redes sociales.

Sígueme en Instagram.

Sígueme en Facebook.

Otras obras publicadas

Luna de Hiel



¿Hay algo que pudiera odiar más que levantarme por las mañanas? La respuesta es sí. Mi nuevo compañero de trabajo.

¿Había conocido alguna vez a alguien capaz de sacarme de mis casillas con solo abrir la boca? La respuesta es sí. Mi nueva compañera de trabajo.

Un proyecto en común.
Seis meses, doce destinos.

¿Qué podía salir mal?

Sencillamente… TODO.